

ESTHER GARCÍA LLOVET

Sánchez



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

SÁNCHEZ

ESTHER GARCÍA LLOVET



ANAGRAMA

Narrativas hispánicas

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© Esther García Llovet, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4001-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Para Jorge

Cinco chavales debajo de una farola. Cinco sordomudos hablando por señas, estaban debajo de la farola porque solo podían verse ahí, no en la oscuridad, donde no habrían podido charlar ni entenderse y no había absolutamente nada ni nadie. Mucho silencio. Las dos de la madrugada. Más fácil todo que comer con las manos.

Lo reconocí desde la otra punta de la calle. Llevaba los mismos bermudas de tapicería antigua, el reflectante amarillo en la zapatilla derecha, lo había reconocido además por esa forma de caminar de chulo de feria, de guapo gastado, de Sánchez. También sabía que solo podría encontrarlo ahí, en las máquinas expendedoras, que eran el único sitio donde conseguir algo de comer o beber a esa hora de la noche en esa zona de oficinas. Yo lo miraba desde el coche, que había aparcado en la otra acera y donde llevaba un buen rato sentada, con las luces apagadas y los pies sobre el salpicadero, esperando.

Primero metió una moneda que se tragó la máquina. Metió otra moneda, luego otra más, pero la máquina seguía sin darle nada. Le dio lo mismo. Aún llevaba el pelo grande, rizos, un nido de buitres. A la cuarta moneda la máquina dejó caer una lata. Sánchez apoyó la espalda contra la superficie helada del vidrio, rompió la anilla y los cinco grandes templos mayas del Complejo Azca nos devolvieron el eco en cinco segundos sucesivos.

Lo llamé:

—Sánchez.

Se dio la vuelta. Levanté el brazo para que me viera. Dio un trago largo a la lata mientras me miraba, no hizo ningún gesto hasta que acabó de decidirse y se acercó arrastrando los pies. Parecía cansado, que es lo que se lleva ahora, estar agotado y alerta a la vez. Llevar una vida de hipertenso.

—Te has maquillado —fue su primer comentario. Esa cara de vuelta de todo.

—Vengo de una fiesta —dije. Yo seguía sentada al volante, no quería salir si no era necesario —. Unos cafeteros que están de paso.

—Antes no ibas a fiestas.

—Me he pintado porque llevo tres días sin dormir —mentí.

—Tres días sin dormir, dice la tía; y yo cinco, y quince —soltó. Estaba de mal humor, tenía los ojos congestionados y pinta de llevar bastantes días sin darse una ducha—. Un mes. Se me hacen las noches interminables, interminables, Nikki, todo el rato el ruido de la nevera, de la calle, me jode, me siento en la cama, oigo los motores de los coches, los perros, los pasos de las tipas por las esquinas. Oigo arder hasta el filamento de las bombillas.

—Cómprate un despertador y verás qué rápido te duermes.

—Como siga así voy a acabar reventando joyerías.

Bostezó. Dio otro trago a la lata, con el que se enjuagó la boca antes de tragar.

—¿En qué estás metido ahora?

No me contestó nada, estrechó los ojos como si estuviera calculando algo muy deprisa. Podría ser elegante, entrar en el mar andando con capa y todo, tenía un dinero por ahí guardado, pero en algún momento de pánico había preferido esta vida de todo en un día, la cosa rápida, los asuntos

concretos que siempre salen mal.

—Alquilo pisos piloto.

Cómo me gusta Madrid, pensé. Qué buenos somos aprovechando las sobras, lo blanco del filete, los estadios de fútbol, un día nos van a dar un premio internacional al reciclado y ya veremos qué hacemos con él.

—Te llevo a casa —le propuse.

—A qué casa.

Abrí la puerta del coche para que subiera. Dudó unos segundos. Miró a un lado y otro de la Castellana, los pasos de cebrá de la Castellana, las mil rayas de farlopa una detrás de otra, el rastro traslúcido de la velocidad de los coches a esa hora de la madrugada. Entró. El asiento estaba cubierto de papeles sueltos y cuadernos y cajetillas de tabaco. Al dejarlos en la parte trasera descubrí una docena de cajas de cartón apiladas con cuidado. Sánchez tiró al suelo el envoltorio de la Pantera Rosa, que se comió de una sola vez, seguía alimentándose de eso, de plástico, de envoltorios, de subidones de insulina, y se sentó a mi lado.

—¿A quién le has levantado este coche tan feo? —me preguntó.

—A un sordomudo.

La última vez que había visto a Sánchez fue unos tres años atrás, en una timba de las que montaban por Tetuán, muy cerca de la Dehesa de la Villa, en la trastienda de un local de uñas de gel que hacía esquina y que unos meses más tarde reconocí en un reportaje de la tele sobre juego clandestino en Madrid. En el reportaje hablaban de cómo se montan las timbas, era un programa de los de madrugada, a veces sacaban La Meco por dentro o entrevistaban a gente del clan de Los Charlines o a rumanos de los que rescatan botines millonarios en forma de cobre de nuestra infinita basura ambulante. Ese tipo de programa. El tema de la timba lo explicaba una mujer con la voz distorsionada, sentada de espaldas a la cámara, se lo sabía todo de pe a pa, yo enseguida adiviné que era la dentista de La Ventilla y me pregunté cuántos billetes le habrían pasado por largar lo que estaba soltando tan alegremente por la boca. Las timbas clandestinas hay que montarlas en un lugar ni demasiado apartado como para que luego te puedan robar fácilmente a la salida, decía la dentista, ni tampoco demasiado céntrico como para que cueste encontrar aparcamiento. Y con un vigilante fuera para avisar si se presenta quien no debe presentarse. En la timba del local de uñas de gel fue el vigilante mismo quien acabó asaltando a los jugadores. Se vio en el programa de la tele, el vigilante era un chino pariente de la propietaria del local, lo descubrieron por la cámara de seguridad de la tienda de enfrente. Unas buenas somantas de palos que metía, con una vara de un metro. Así que se cerró la timba, se cerró el local de uñas de gel, y ya no volví a ver a Sánchez después de aquella partida que duró tres días y que perdió él, Sánchez, como no podía ser de otra manera.

Sánchez se mudó por Hermanos García Noblejas, cerca del Bingo, me enteré a las pocas semanas, yo intentaba no perderle nunca la pista. A veces parecía su agente de la condicional. Había subarrendado un antiguo garaje reconvertido en taller de chapa y luego en piso de estudiantes, con suelo de arena y cemento, hasta que se hizo con una licencia de taxi y empezó a dar vueltas por Madrid. En turno de noche. Vueltas y más vueltas por el Madrid del desierto de Nevada. Algo se le empezó a fundir muy lentamente, entonces: el sentido del humor, las sinapsis, su particular campo semántico, perdido todo en borracheras ajenas, en vomitonas oceánicas junto a las tapias del Retiro, en huidas por las cuevas abajo y en picado de La Prospe.

—Cuánto, cuánto tiempo sin verte, Nikki.

—He estado en La Línea —le dije—. Moviendo tabaco, me va fetén, ahora tienen más vigilancia en alta mar que en tierra. Podríamos volver por allí y subirnos a la Zodiac. Qué te parece. Todo a levante.

—En La Línea nos conoce demasiada gente ya.

—Y qué más da. Pero si es para que te dé el aire, comer fideos fritos, bajar a la playa. Esas cosas. Tienes que salir más, Sánchez.

—Y tú qué sabes si salgo o no salgo.

—Me lo han dicho.

—Y qué más te han dicho, si se puede saber.

—Que te pasas el día metido en los bares de los hoteles, rodeado de turistas.

—Es donde me siento en casa.

—Sí. Con gente que no es de aquí. Tienes que ir a las casas de los amigos, me entiendes, o de bares, o de putas, da igual, pero tienes que salir de tu agujero de una vez. Ve a ver a los polacos.

—¿Para qué?

Lo miré.

—Porque pareces un fantasma.

Y así era. El fantasma de un fantasma. Había pasado una temporada larga, medio año o más, sin saber nada de él. Después de lo de Tetuán empecé a verlo mucho otra vez, a seguirlo de lejos, de noche. Sentado en el asiento de atrás del coche de alguien, a veces en marcha, otras aparcado, mientras su colega o amigo o lo que fuera conducía. Su colega nunca era el mismo pero Sánchez iba siempre atrás, sin hacer nada, igual estaba para vigilar o llevaba una pistola, algo que no me pegaba nada en él, pero sí tenía pinta de no pisar nunca el suelo y estar ahí metido veinticuatro-siete, sin abrir el pico, mirando una calle tras otra, los ojos muy abiertos en la oscuridad. Nunca le pregunté nada. Quizás vivía ahí, en los coches. No sé cómo fue pero se había acabado convirtiendo en eso tan raro que es un guapo triste, un chulo sin ganas, un macarra de bajona.

—Haz lo que te salga del culo —le dije.

—Es lo que hacemos los fantasmas.

Arranqué el coche. Sánchez siguió bebiendo de su lata, estaba tan moreno que la piel de la base de las uñas resultaba de un blanco casi radiactivo. La lata era un Red Bull. Era lo que tomaba habitualmente para dormir.

Al llegar a Bravo Murillo nos cruzamos con un 27, como era verano ponían a conductores sin experiencia, novatos que se pierden muy fácilmente, acaban en rutas que no les corresponden, a unas horas que no les corresponden ni de lejos, con viajeros que no dicen nada o se quedan a dormir la mona en los asientos de atrás sin llegar a bajarse en toda la noche. Hacía muchos meses que no caía una tormenta que despejara el aire bruto de Madrid.

—¿Y tú en qué estás metida ahora?

—En una carrera.

—Otra vez has vuelto a lo de las carreras.

—Esta es de galgos —dije—. Con unos irlandeses que vienen de Gales.

—Con unos galeses.

—La ha montado Filardi, en la finca de los Melero, los de los repuestos. Va a venir gente de todas partes, de Alemania, de Croacia, de Badajoz, de todas partes.

—¿Quién es Filardi?

—Va a ser el taquillazo del verano, con apuestas de tres mil para arriba. Hay un perro. Hay un galgo, un galgo que es una mala bestia. Tendrías que verlo. Filardi ha montado la carrera solo para él.

—Un galgo. —No parecía interesarle el tema.

—Es ganador fijo, probabilidad del mil por mil. Parece que no pisa el suelo cuando corre, lo he visto en un vídeo, vuela, un dardo, como si se lo llevaran los diablos.

—¿Apuestas de tres mil, dices?

—Más o menos.

Se quedó pensando un momento.

—No sé nada de galgos —dijo.

Yo tampoco, solo que a los gitanos les gusta andar con un galgo al lado, da caché, son

elegantes, algo por el estilo. Saqué del bolso una copia en papel del Segunda Mano.

—Lee —le dije—. Lo rojo. Ahí.

Sánchez encendió la linterna del móvil y leyó en voz alta.

—«Se venden tres cachorros m y h hijos de Pirri y sobrinos de Camarón, abstenerse curiosos y mareantes. Vendo galgo color barquillo, hijo de Careto y Chenoa, paso muy duro, con una codicia espectacular. Pongo a disposición mi semental registrado en L.R.O., raza por los cuatro costados. MECAGO en el último muerto más reciente del k se ella yeba o las perras. Ataron bien los pantalones que yo ando por toda España.» —Se echó a reír—. Y a cuánto corren los perros estos.

—A mucho. A sesenta por hora.

—Sesenta por hora no es nada.

—Pues a ochenta.

—Yo corro a sesenta por hora.

—El portugués va a venir también.

—¿Y cuándo es la carrera?

—Mañana por la mañana. A las ocho, en la finca.

—De puta madre.

—Ya lo creo. Ganamos seguro.

Se echó a reír. Luego se calló. Y luego dijo:

—¿Y qué se supone que estamos haciendo aquí a las tres de la mañana?

—Las dos y media.

Me miró.

—¿Adónde vamos? —me preguntó muy despacio.

Me salté un semáforo. Me salté dos semáforos. Me salté tres semáforos.

—Vamos a tomar algo para celebrarlo.

—Digo que adónde vamos, Nikki.

No me sobraba tiempo para andar perdiéndolo.

—Tú sabes dónde vive Bertrán, ¿no? —pregunté.

Se hizo un silencio de un semáforo. Dos semáforos. Tres semáforos.

—Para el coche —dijo.

Metí la cuarta.

—Nikki, para el coche.

—Solo va a ser eso —le interrumpí—. Saber dónde vive Bertrán, ya está. Te lo juro.

—Me voy a bajar.

Sí, esa era su cara cuando se enfadaba, la recordé otra vez. Aceleré.

—No te va a llevar más que media hora, un par de llamadas como mucho.

—Tengo cosas mejores que hacer.

—Tú nunca tienes nada que hacer.

—Vete a la mierda.

—¡Cierra la puerta! —grité.

Pero no cerró la puerta. Estábamos en medio de la Castellana, era zona de controles, el coche no era mío. Reduje la velocidad, me desvié al lateral. Dijo algo por lo bajo, abrió la puerta, se

bajó y salió dando un portazo. No se despidió, tampoco parecía que tuviera ninguna prisa. Caminaba, caminaba, caminaba, Sánchez. Unos metros más adelante empezó a correr. Llevaba siempre zapatillas deportivas para eso, para correr de noche, no sé si huyendo del sueño o persiguiendo el sueño o de puro aburrimiento. Se aburría siempre, Sánchez, era flaco, no sudaba nunca. Cuando vivíamos juntos pasaba casi todas las horas del día jugando a la Play, asaltando pistas de aeropuertos y trenes de dinero. Mucho más tiempo en la Play que aquí, en Madrid, en la realidad, en los pisos piloto. Lo único que lo espabilaba de verdad era la idea de dar un palo, bastaba con decirle que íbamos a bajar a La Línea y saltaba como un resorte del sofá, arrastrando los vaqueros, el pelo aplastado, descalzo.

El invierno siguiente a que nos separásemos un amigo común me dijo que lo había visto, a Sánchez, en la iglesia del Cristo de Medinaceli. Me pareció muy raro; más bien me dio un poco de miedo. Lo llamé un par de días más tarde. Era media mañana. Debía de estar en un bar porque había mucho ruido de fondo, de fútbol, y estaba un poco borracho. Me dijo que estaba bien, todo de puta madre, que quería irse a vivir a Canadá, la naturaleza, tres metros de nieve, cortar leña, esas cosas. Los renos. Le pregunté por lo de Medinaceli como si fuera una broma pero no, no era una broma en absoluto. Parece ser que le habían dado un folleto por la calle sobre ese Cristo de peluca roja. Hacía milagros, decía. Milagros a mansalva. Los jueves se montaban unas colas tremendas, unas colas de penitentes que daban la vuelta a la manzana desde el martes anterior, me dijo. «Viene gente de todas partes», me dijo. «Viene hasta gente de fuera, muchos franceses, italianos, un kilómetro de gente. Hay una ambulancia aparcada todo el día, lo he visto. Viajar mil kilómetros para curarte de algo y acabar metido en una ambulancia. No te jode», me dijo. Luego se quedó un momento pensando. O igual estaba bebiendo. «¿A ti cuánto te parece que dura un milagro?», preguntó al cabo de otro rato, ya habíamos cambiado de tema, yo estaba a punto de colgar y darlo por perdido. «Me entiendes, entre que la gente reza y ocurre el milagro. Porque si pasan, no sé, tres años, ya no sería un milagro, digo yo. Tiene que ocurrir al momento, instantáneo, aunque sea a cámara lenta, los santos vienen de otro siglo, tienen otros métodos.» Luego empezó a contarme algo sobre Cobo Calleja. Le aconsejé que dejara de jugar a la Play una temporada y me dijo que de acuerdo. Pero no lo hizo. Ni dejar de jugar a la Play ni bajar a esperar los milagros del Cristo, que viene a ser más o menos lo mismo. Unas semanas o unos meses más tarde me dijeron que había empezado a alquilar puestos en la cola de la iglesia. Él hacía la espera de los turnos de noche a cambio de dinero, un dinero limpio y rápido, directo de manos que eran todo inocencia. Se sacó unos buenos cientos hasta que llegaron los mafiosos de las colas, los mafiosos de verdad, los polacos de Cracovia, y lo retiraron del tema con una paliza que lo sacó de la esfera astral del Cristo de Medinaceli y lo trajo de nuevo a la esfera cutre de las cosas madrileñas.

Después le cambió la suerte de nuevo. Reventó Forocoches, andaba con cuatro móviles a la vez, uno por cada palo que tenía montado, se hizo un viaje a Ciudad del Este. Le perdí la pista otra temporada. Hasta la partida en Tetuán.

Seguía pareciendo mucho más joven, podía pasar por un treintañero de mala vida perfectamente. Había dejado de correr y se había sentado en el borde de un macetero, a los pies de un olivo que parecía que llevara un par de milenios ahí plantado, esperándolo, de cartón. Se lió un cigarrillo. Lo fumó entero y sin prisa y después esperó un par de minutos y finalmente sacó el móvil. Marcó y sonó el mío, aunque podría haberse acercado al coche, sabía de sobra que estaba aparcada a menos de diez metros, y que lo estaba mirando.

—Vamos a ver qué tienes que contarme.

Hay que hacer muchas cosas cuando alguien la palma, y muy deprisa, como si el muerto en cuestión fuera a volver de un momento a otro y sorprendernos haciéndolo todo mal, por eso cuando me llamaron para decirme lo de mi amigo cogí un taxi y me presenté en su casa, un apartamento minúsculo por Avenida de América, justo debajo de los enormes neones rojos de Iberia. Era un quinto piso. Alguien se había dejado encendido el ventilador del techo y la tele, porque toda la habitación parecía inmersa en ese resplandor submarino y narcótico de las teles de plasma, se veía desde la calle. Nadie tenía las llaves para entrar. Estábamos Bertrán, la china y yo y algún vecino que no se había enterado de nada y nos preguntaba qué había pasado. Yo no tenía ni idea. Mi amigo en realidad no lo era tanto, era apenas un conocido a quien le había prestado una cámara de fotos para no recuerdo qué, y yo estaba ahí con la idea de recuperarla. Pero no había forma de entrar. La china me pidió tabaco. Era muy alta, cerca de dos metros, como son altos los chinos cuando se pasan, y vestía siempre el chándal de baloncesto. Llevaba unas gafas de diez dioptrías por lo menos y había venido a lo mismo que yo, a recuperar algo, y por eso nos pusimos a fumar juntas para apartarnos un poco de Bertrán, que nos miraba de lejos, con su Lacoste de cuello subido y sus pulseras de cuero, un veinteañero de Majadahonda. La china era coleccionista, como el muerto. De catálogos de Ikea viejos, de mandos a distancia viejos, de cosas que no sirven para nada ni valen nada hasta que alguien decide lo contrario y lo usado pasa a ser antiguo. Bertrán nos miraba de cuando en cuando, con las manos en los bolsillos, no se ponía a hacer como que hablaba por el móvil, que es lo que hace todo el mundo cuando está solo en público, en realidad parecía que sabía algo y nosotras no. Pero es algo que suele ocurrirles a los hombres guapos, igual son guapos por eso, porque nunca se inquietan y saben que todo se pone naturalmente de su lado y están siempre morenos. El hombre guapo no se pierde por la calle. Yo sabía quién era él pero él no sabía quién era yo, o al menos eso pensaba hasta ese momento, cuando se acercó despacio, fluido y despeinado y me llamó por mi nombre. Nikki. Eso dijo. La china nos miró. Las mangas del chándal le quedaban cortas, era muy tímida, tenía el hombro de la sudadera tizado de blanco de andar siempre rozando las paredes al caminar, mirándose las puntas de las zapatillas. Lo que iba a decirme el guapo de Bertrán nunca lo supe porque en ese momento apareció un perro de entre las sombras de los árboles. Era un galgo. Andaba muy ligero, como van los galgos, que caminan siempre sobre las puntas de los pies como si les diera un poco de asquito pisar la calle. Era el perro del muerto. Se detuvo a unos metros de nosotros, medio cuerpo metido en las sombras y medio a plena luz, y se quedó mirando al suelo, parecía que el espíritu de su dueño se hubiera apoderado de él y ahora se le cayera la cara de vergüenza de vernos ahí a los tres, esperando a ver qué sacábamos de todo aquello. Le dábamos vergüenza ajena, eso seguro, pero algo quería de nosotros también, no tenía ya dónde meterse ni dónde dormir ni comer porque en menos de veinticuatro horas había pasado de ser un galgo gris marengo de cola cursiva a ser un perro callejero, y nos necesitaba. Por un momento nos quedamos sin decir nada. Como no pasaban coches oíamos perfectamente la tele encendida del apartamento, una tele que el muerto siempre dejaba puesta porque le daba miedo dormir solo, creo, o al menos siempre la recuerdo encendida a todas horas, con la colección de ceniceros de Campari encima. El galgo debió de darnos por perdidos, o perdió el interés de golpe, porque al cabo de un minuto se dio la vuelta muy despacio y desapareció entre los árboles. La china fue detrás. Era tímida pero sabía lo que quería, como todas las chinas. Y detrás de la baloncestista y del perro fue Bertrán, se lo tragó la oscuridad, a él y sus chanclas brasileñas que llevaba hasta en febrero, esas chanclas caras de ocio permanente. Yo me quedé donde estaba, esperando a que apareciera alguien con las llaves del apartamento. Mientras miraba hacia el piso los oía hablar, a Bertrán y a la baloncestista. En

chino. No entiendo una sola palabra de chino pero me pareció que Bertrán lo hablaba sin el menor acento, por lo menos lo hablaba bastante deprisa. El perro no decía gran cosa. Al cabo de unos minutos levantaron la voz los dos y después se hizo un silencio raro, muy raro, el silencio es muy diferente cuando hay mucha gente que cuando no hay nadie, y este era un silencio de vacío absoluto. Luego él dijo algo, la china no contestó, y Bertrán apareció de nuevo por la calle, solo, a la luz de las farolas. Traía al perro por la correa. Yo le pregunté cómo se llamaba. El galgo se llamaba Cromwell.

—No se dejaba la tele encendida porque le diera miedo estar solo —dijo Sánchez. Se había puesto de pie y estaba mirando el escaparate de una farmacia de guardia, debajo del luminoso de la cruz verde parecía que estuviera levitando porque no se le veían las piernas, parecía en suspensión gravitatoria. La Virgen de El Escorial—. Se dejaba la tele puesta porque le daba miedo Bertrán.

—¿Bertrán?

—A mí también me da miedo.

Tenía la espalda empapada de sudor, una mancha continental. Me acordé de antes, de años atrás, cuando vivíamos juntos y soltaba por la boca todo lo que se le pasaba por la cabeza y le importaban bien poco las consecuencias que tuviera, los cortes de afeitado que se cubría con pedazos de cinta de embalar.

—Y a ti también debería darte miedo Bertrán.

—Miedo de qué.

No me contestó. Lo vi con los ojos clavados en el escaparate de la farmacia, creo que mirando mi reflejo en el vidrio oscuro. Luego empezó a andar, llegó hasta el cruce, dio la vuelta a la esquina y desapareció de mi vista. Sonaban los grillos, el chirrido de los grillos, el chirrido del pequeño resorte que pone en marcha el mecanismo de la noche.

—Solo te pido que averigües dónde puedo encontrarlo —le dije—. Nada más.

—Le debo cinco mil pavos, Nikki. No quiero verlo.

—Cinco mil pavos. Vaya por Dios.

—Es largo de contar.

No había tiempo para contar nada.

—No tienes que verlo —dije—. Solo tienes que decirme dónde vive ahora. Lleva una semana desaparecido, nadie consigue dar con él, me estoy quedando sin horas, ya.

Le oía caminar y respirar, y su silencio: al menos no había colgado.

—Entonces lo que quieres es pillar el perro.

—Y vendérselo esta noche a Filardi. En eso hemos quedado. Antes de las siete de la mañana.

—Por cuánto.

—Seis mil.

—Ya.

—Ocho mil.

—Quiero cuatro.

—Tres.

—Tres quinientos.

Calculé deprisa la venta del perro, las apuestas, el servicio de bebidas que tenía preparado para la carrera, todo lo que iba a sacar del tinglado de la mañana siguiente:

—Hecho.

El trile del cubilete lo conoce todo el mundo. El trile del cubilete es de principiantes, hay hasta tutoriales en YouTube, no entiendo cómo la gente sigue picando tan fácilmente con los triles de calle, pero así es. Nunca subestimes la soberbia del panoli español. Sánchez volvió a aparecer por la esquina. Apagó el móvil, se dirigió a donde estaba aparcada, llegó hasta el banco de la acera a metro y medio de mí y se sentó. Y me miró.

—Solo enterarme de dónde está viviendo y luego me quito de en medio. —No se fiaba, no acababa de estar del todo seguro. A mí me habría pasado igual.

—Entendido —dije.

—Espera que piense.

Se frotó la barba de dos días, ahí se podía encender una cerilla, duros pelos rojos y amarillos donde empezar una revolución.

—No sé ni por dónde empezar —dijo.

—Piensa en otra cosa.

—¿Tienes tabaco?

Había un paquete de John Players en el salpicadero. Bajé del coche. Me senté a su lado. Hacía bastante tiempo que no estaba tan cerca de Sánchez. Seguía teniendo esa voz grave, con mucho grano, esa mirada de alguien que piensa seducirte a fondo durante cinco minutos pero ni un segundo más, que le da fatiga.

—Quiero que me enseñes el trile del cubilete —dijo.

—¿Ahora?

—Me lo llevo de propina —sonrió.

—¿Y no puede ser mañana?

—Puede ser ahora.

—Tú sabrás. Está bien. —Eché un vistazo al reloj—. No mires.

Saqué los cubiletes del bolso: un envase de yogur pintado de rojo, otro envase de yogur pintado de verde y otro pintado de azul, y los coloqué bocabajo sobre el banco.

—Sánchez —le llamé—. Mira.

Coloqué una canica debajo del rojo.

—A ver.

—Es pan comido.

Los fui cambiando de sitio muy deprisa, cuatro, cinco veces. Paré.

—¿Dónde está la canica? —le pregunté.

Señaló el cubilete rojo. Levanté el azul, donde estaba la canica.

—Otra vez.

Volví a moverlos, esta vez más despacio, unas cuantas veces, y paré.

Señaló el cubilete verde. Levanté el rojo y le indiqué la canica.

—Ya —dijo.

—Verás.

Levanté el cubilete verde y había una canica. Levanté el azul y había otra canica.

—Ves —dije—. Hay que poner una canica debajo de cada cubilete. Luego solo tienes que levantar el que no te señalan.

—¿Ya está?

Parecía decepcionado.

—Esto tiene mil años, Daniel.

Cogió las tres canicas y las miró detenidamente.

—Qué tontería más grande.

—Cuando te lo explican. Como todo.

Se echó a reír, una risa física y eléctrica que a mí me sonó como la garantía total de que todo iba a salir bien.

—Hay más trucos que Barajas.

Las tres y cuarto de la madrugada. Se estaba empezando a hacer tarde y no habíamos avanzado gran cosa; con el tiempo me ocurre siempre como con el dinero, cuando me pongo a perderlo lo pierdo todo. Conducía Sánchez. En realidad podríamos haber ido andando, el Bingo del Canoe estaba a apenas quinientos metros, pero de noche las distancias parecen siempre mucho más grandes, las calles más largas y los ecos mucho más lejanos. Conducía Sánchez con el brazo izquierdo por fuera de la ventanilla, agarrado a la parte de arriba de la puerta, una costumbre de sus tiempos de taxista madrileño. Estaba contándome lo de los pisos piloto, un tema del que me había apresurado a preguntarle para que mantuviera la cabeza despejada, en otra parte. Lo del alquiler de los pisos piloto me pareció algo que podría ser una idea genial o una catástrofe tremenda, algo a lo que otro día tendríamos que volver con más tiempo en cualquier caso.

Cuando llegamos al Canoe los luminosos de la fachada seguían encendidos, aún quedaba un rato hasta el cierre y no había casi nadie en la calle, solo cuatro señoras muy juntas que habían venido a echar la tarde y habían acabado echando la semana entera sin salir de las profundidades platónicas del bingo Canoe. Tenían esa expresión. Las caras, blancas como miga de pan. Sánchez estaba buscando al aparcacoches, al bueno, uno muy grande y muy serio que llevaba un sello de oro bien apretado en el dedo meñique. Estaba en la acera, de pie junto a una mujer de unos sesenta años, tan aturdida por el palo que acababan de meterle ahí dentro que no se acordaba ni de qué coche tenía. Sánchez le hizo una seña al aparcacoches para que se acercara.

—¿Sabes algo de Bertrán?

El aparcacoches tenía pinta de ser padre de familia numerosa, pero lo cierto era que cada noche se llevaba a casa a cualquiera de esas señoras, que antes que volver arruinadas a sus respectivas familias preferían irse con él y que se las tragara la tierra para siempre.

—¿Al de los motores? —preguntó.

—Al de Majadahonda.

Pareció dudar un momento. Frunció el ceño.

—¿Para qué lo buscas, tú estás mal de la cabeza? A Bertrán el de Majadahonda, no me jodas. Sabes lo que dicen de él, ¿no?

—No —dije yo—. Qué dicen.

Se inclinó para verme, no se había dado cuenta de que había alguien detrás.

—¿Y tú quién eres?

—No soy poli.

Soltó una carcajada.

—Claro que no, ya quisieras.

Me señaló con el dedo y miró a Sánchez.

—¿Esta quién es?

—Nikki.

—Ah. —Sacudió la cabeza despacio, como intentando colocar algo en su sitio ahí dentro—. ¿Sabes lo que dicen de Bertrán, Nikki? ¿Lo conoces a Bertrán, eh, tú?

—Más o menos.

—Yo no, yo no lo conozco más que de verlo por aquí de vez en cuando, y ya es bastante. Bertrán el de Majadahonda, menudo cortarrollos.

—¿Tienes su número? —le preguntó Sánchez.

—No.

—¿Su dirección?

—Tampoco, para qué iba yo a saber su dirección. Pero la semana pasada lo vi por aquí.

—¿Con quién? —pregunté.

—No sé. Creo que vino solo. No estuvo más que un rato, se sentó en una tragaperras de las de la entrada y sacó dos mil euros. ¡Dos mil euros! Todo en nada, en diez minutos, le dio premio cinco veces seguidas, monedas sin parar, una diarrea de metralla, yo no he visto nada igual en mi vida.

—Haría trampas —dije.

—Bertrán no trampea —me dijo Sánchez—. No le hace falta.

—¡Dos mil pavos! —repitió.

El aparcacoches se quedó callado de pronto, calibrando su manía y su tirria tan líquida, tan abundante, tan española. La mujer a su lado pareció reaccionar a algo que la sacó repentinamente de su estupor. Había sido guapa en algún momento, al menos iba arreglada como se arreglan las mujeres que han sido guapas. Levantó la vista del suelo y la clavó en Sánchez.

—Te vendo mi coche por quinientos euros —le dijo.

—Ya tengo coche.

—Y mis pendientes —dijo. Se tocó los pendientes, había mucha piedra en esos pendientes, históricos y dramáticos—. Mil por todo.

—Está borracha —dijo el aparcacoches—. Estás borracha, Macarena.

—No nos interesa —dijo Sánchez.

—Ochocientos —dijo. Se quitó los pendientes y después se bajó de los zapatos, primero del izquierdo y luego del derecho—. Me voy con vosotros.

No parecía desesperada, solo decidida, como si le hubiera llevado la vida entera llegar a esa resolución, tan redonda, tan lógica, una resolución que yo entendía perfectamente. Yo también había vendido el reloj, y la Vespa, y el cuatro por cuatro. Y la casa en Arturo Soria. Nos miró. Parecía majestuosa, parecía imbatible. El aparcacoches le repitió de nuevo que estaba borracha y ella dijo que no, que no lo estaba, pero que no le importaría nada estarlo. Y se marcharon.

Sánchez empezó a liarse un cigarrillo. Las luces del Bernabéu brillaban deslumbrantes como los focos de una prisión de alta seguridad.

—¿Ahora fumas?

Hacía rodar el cigarrillo despacio, arriba y abajo, parecía que estuviera pensando con los dedos.

—Me acabo de dar cuenta de que una vecina mía tiene un galgo —dijo al cabo de un minuto.

—Ya.

—Se lo pido prestado por un día y se lo vendemos a Filardi.

—Prestado.

—Más o menos. Qué te parece.

Por un momento me pareció buena idea. Sánchez me miraba con la mano ya puesta en el volante, dispuesto a todo.

—No sé —dije finalmente—. Filardi no tiene un pelo de tonta, lleva años metida en esto de las carreras. Se iba a dar cuenta enseguida.

—¿Filardi es una tía?

—Italiana.

—Ella quiere un galgo, paga por un galgo, le damos un galgo. Así de fácil.

Me eché a reír:

—No la conoces.

—Ni tú a mí, por lo visto. Cuanto más guita le pidas más se lo va a querer creer.

Esa noche Sánchez parecía el de antes.

—Esto no funciona así —le dije.

—Por qué.

—Es capaz de cualquier cosa.

Se pasó el dedo por la cicatriz muy blanca de la ceja, producto de una de sus mil caídas.

—La realidad es gratis.

—Pero no barata.

El dinero. La pasta, la guita, la lana, la plata, el parné. Un agujero en cada mano y otro en la cabeza.

—Está bien —dijo por fin—. Vamos a preguntar a las gemelas.

Las cajas. Había media docena de cajas de cartón en el asiento de atrás, estaban abiertas, no pude evitar mirar a ver qué había ahí dentro. Lo que encontré fueron cientos de frascos y botes de plástico, algunos muy grandes, como de leche infantil o de suplementos nutricionales, con unas pegatinas enormes de colores fluorescentes. Parecía un envío de una ONG.

—Dianabol —leí—. Atlas Winstrol. Stromba.

—Stromba.

—Rivotril. Clenbuterol.

—Esteroides.

—¿Esteroides?

—Como estimulantes. Nos van a venir de puta madre para dárselos al perro antes de la carrera.

—Myolastán. Pero si aquí hay de todo.

Al fondo de la caja había unos paquetes muy pequeños de papel de plata con pastillas sueltas en el interior, lo noté al apretar con los dedos. No sé de qué eran, las pastillas, pero había muchas. Pastillas, pastis, pirulas. Esta es la materia de la que están hechas las civilizaciones, pensé. De las cosas raras, escasas, de las mierdas que no sabes ni para qué sirven, del movimiento, de los hipermercados, los camiones, las autopistas de cuarenta carriles, hay que vender y comprar cosas que estén lejos, que haya que viajar día y noche, sin dormir. Los aeropuertos, los husos horarios, atravesar montañas. Y el oeste.

—Y el litio para los chinos.

—¿Qué dices? —me preguntó Sánchez.

Saqué el móvil y empecé a hacer fotos de los frascos.

—Hago fotos —le contesté—. Voy a mandárselas a los del Ave Poco, seguro que les interesa. Ahora en verano andarán cortos.

—Guarda algo para nosotros.

Habíamos llegado a los alrededores de la estación de Chamartín, al puente que hay entre el asentamiento de chabolas del descampado y el de la estación, desierta a esa hora. Debajo del puente hay siempre mucha luz, las farolas producen sobre las carrocerías de los coches un resplandor de un blanco muy neutro y muy puro, como en un plató de los setenta. Debajo del puente estaban entrenando las gemelas, como siempre. Hay que acercarse despacio a las gemelas, para ver de antemano de qué palo van, cuál es su humor del día, tan impredecible, tan cambiante. Una estaba dándole patadas a un balón de reglamento contra el pilar del puente y la otra estaba sentada en un banco, con el tobillo sobre la rodilla contraria y el brazo extendido todo a lo largo del respaldo, oyendo música con los cascos. Unas trenzas muy gordas, unas pantorrillas magallanescas. Eran unas machas. Levantaron la vista las dos a la vez antes de vernos siquiera, como si llevaran un sónar incorporado.

—Va a ser mejor que me quede aquí —le dije a Sánchez. Bajó del coche. Se dirigió hacia ellas, lentamente, y las chicas se le acercaron aún más lentamente, una por cada lado. Las cherokees.

Las gemelas eran idénticas pero por completo diferentes, Tilda era puro cerebro, cálculo, voluntad controlada, y la otra furia bendita. Tenían unos quince años pero ya imponían respeto, eran imprevisibles, tenían su reputación. En realidad resultaba casi imposible verlas juntas excepto a esa hora de la madrugada. Para la vida diaria y para las cuestiones de papeles o cuando iban a hacer un trabajo, generalmente en los pueblos de los alrededores de Madrid, la que aparecía en público era Tilda. Daba la cara y le servía de coartada a la otra, mucho más nerviosa, un cabestro que reventaba los cajeros automáticos y los parabrisas de los coches a golpe de llave inglesa. Eran pelirrojas, tenían esas pestañas casi transparentes, pecas por todas partes. Sánchez se dirigió a Tilda pero quien le contestó fue la hermana, que era más suspicaz y rápida y bastante más cabrona. Preguntar por Bertrán a veces podía ser arriesgado. A Bertrán la gente o le debía dinero, o le pedía favores, o las dos cosas, y no sabíamos muy bien en qué términos se encontraban las gemelas con él en ese momento. Estaban al aire libre, además, asuntos como ese se resuelven en sitios cerrados, en un bar, en un centro comercial, en sitios con gente. Eso creo yo.

No conseguía oírlos. Tampoco podía ver la cara de Sánchez: estaba de espaldas pero parecía tranquilo. Los tres tenían los brazos cruzados, la situación parecía ir por el buen camino hasta que de pronto Tilda empezó a frotarse la uña del pulgar con el índice, muy despacio. Cambió el peso del cuerpo a una pierna. Luego a la otra. La hermana se apartó unos metros, sacó el móvil del bolsillo y empezó a hablar. Las gemelas tenían un padre setentón que masticaba chicle todo el rato y andaba siempre cerca de las niñas. Miré alrededor, tuve que sacar la cabeza porque el coche del sordomudo por alguna razón no tenía retrovisor, pero no lo vi por ningún lado. No estaba a la vista. Había alguien paseando un perro, alguna luz encendida en un edificio, nada más. Sánchez seguía hablando con Tilda. Ella se limitaba a asentir y a hacer rodar el balón bajo el pie. Cuando miré a la hermana vi que estaba con los ojos clavados en mi coche. No se movió. Eché un vistazo a las gafas de sol de Sánchez, unas gafas de aviador, de espejo, que colocaba siempre encima de la barra del bar o del salpicadero o de donde fuera para tener vigilado todo lo que ocurría a su espalda. Y entonces vi al padre de las gemelas a apenas diez metros detrás de mí, dirigiéndose hacia donde estaba aparcada. Sánchez había dejado las llaves puestas en el contacto y me dio el tiempo justo a deslizarme al asiento del conductor. Arranqué. El viejo apretó el paso, me había visto y probablemente me había reconocido. Le había pisado un par de timbas el verano anterior quedándome con varios jugadores suyos y me la tenía jurada. Avancé con el coche, no muy deprisa, tampoco él echó a correr ni gritó, era muy contenido. Era inglés. Lo dejé atrás. Seguí conduciendo hasta el final de la calle, avancé un par de manzanas. Aparqué detrás de un hotel. Mandé un mensaje a Sánchez para decirle dónde estaba y me quedé a esperarlo. Sonaba música latina desde una de las chabolas del descampado, música a todo trapo, parecían las doce de la fiebre del sábado noche, y además de la música latina sonaba también una voz de hombre que gritaba «Go!», pero a destiempo del compás, «Márchate», decía muy alto, por su cuenta, hablando solo: «Go! Go!», márchate, decía. «Go!» Márchate de una vez.

Sánchez apareció unos diez minutos más tarde, con las manos en los bolsillos de los bermudas.

—Ya está —dijo al subirse—. Ya sé dónde está Bertrán.

—¿Dónde?

—Llegamos en nada. Ahora nos vamos al chino de Plaza de Castilla. Yo necesito comer.

Chinos. Chinos flacos, chinos gordos, chinos altos. Viejos, mujeres, niños chinos. Chinos con gafas, chinos borrachos, sobrios, chinos con perro. Chinos tristes, chinos enfadados, chinos que compran, chinos en coche, con barba, en vaqueros, con rastas, chinos rubios. Chinos americanos, chinos australianos, belgas, gaditanos, argentinos. Chinos asiáticos. Chinos. Los del 24 horas del Intercambiador de Plaza de Castilla eran cinco, pero nunca los mismos. La chica de la caja iba de uniforme rojo con botonería dorada como de azafata y era la única que hablaba español, para cobrar. Los otros, los cocineros, estaban día y noche parapetados en la cocinita acristalada, una plancha de acero que se veía desde la misma calle donde reciclaban tallarines y arroz y colas de gamba a una velocidad de vértigo para dar de comer a toda esa morralla de gente que espera los interurbanos nocturnos, gente de juerga, niñas con tatuajes que comparten palillos y clamidias y novios gratis. Sánchez pidió un número tres. Yo compré una lata y nos sentamos en una de las mesas de zinc de la calle.

—Bueno, cuéntame algo de esta Filardi, qué hace, de dónde sale. Con quién nos la vamos a medir.

—Es muy nerviosa —dije—. Ya sabes, es de esas personas que tienen que hacer muchas cosas antes de empezarlas.

—No suena bien.

—En realidad no tiene ni idea de dónde está, o sí, igual me equivoco. Es bastante particular, ya lo verás.

—Define particular.

—A mí me parece que es tu tipo.

—Qué quieres decir con mi tipo.

—Mustios. Lacios.

—Joder.

—Lo único que hace es comprar cosas. Luego las pierde o no las abre o se las deja en las tiendas. Le da igual.

—¿Y tú de qué la conoces?

—Me la presentó Gaitán hace años, antes de conocernos tú y yo, pero luego la he visto muy pocas veces. Es flaca, medio saco de huesos. No sé qué hacía antes de venir a Madrid, pero tiene lana como para parar un tren. Gasta sin parar, es como una adicción, creo que porque es demasiado tímida. Muy para adentro. Sale solo de noche, sabes, para no encontrarse con nadie. Se va por ahí, a mirar los escaparates de la calle Lista cuando están apagados. Yo creo que lo de comprar es una manía que le empezó al llegar aquí porque no conocía a nadie. Cuando no sabía de qué hablar se ponía a buscar en el bolso, hacía como que buscaba algo, las llaves, el móvil, lo que fuera, mientras hacía como que escuchaba, para tranquilizarse. Y al final ha acabado comprando cosas y guardando paquetes sin abrir solo para poder llevarlos encima y tener algo que sacar del fondo del bolso. No sé por qué sigue aquí.

—Filardi, dices. Tiene nombre de futbolista.

—Parece que está en su mundo y que no se entera de nada pero luego resulta todo lo contrario.

—Y ahora se ha metido a montar carreras.

Dejó los palillos a un lado del cubo de cartón y me miró sin decir nada.

—Es rara —dije.

—Ya.

Y qué con que sea rara. A ti también te va lo raro, pensé. Tú tuviste un amigo imaginario de pequeño, pensé, hasta bien entrados los doce años.

Sánchez era hijo único. Había salido tan guapo, había salido tan bonito, que probablemente los padres pensaron que ya con eso habían mejorado el momento evolutivo de toda la especie. Era hijo único y bebía litronas de Cola Cao y leía tebeos a tres tintas con su amigo imaginario hasta que a la casa de al lado se vino a vivir un chaval siete años mayor, pelirrojo, con una guitarra. Era verano, era un agosto madrileño y viscoso y rockero de los ochenta. Sánchez se acababa de romper el tobillo bajando las estrechas y empinadas escaleras de su casa de Carabanchel Bajo. Por alguna razón que nunca supo la madre del pelirrojo empezó a encargarse de su cuidado, lo invitaba a casa a comer bocadillos de calamares día sí y día también, hasta que de pronto se cansó, la buena señora, y delegó en su hijo Casimiro. Casimiro tenía dieciocho, el carnet de conducir, una novia mexicana, una guitarra eléctrica. Al principio Casimiro no sabía qué cojones hacer con Sánchez, él también era hijo único y los hijos únicos siempre esperan que el universo se ajuste a sus necesidades y no al revés. Así que se quedaban en la cocina oyendo a Tequila por la radio o se metían en pisos abandonados a buscar jeringuillas usadas y condones sin usar. Se aburrían a muerte. Todo cambió al acabar el verano. Casimiro empezó a llevarse a Sánchez a todas partes, con él y con la novia, en un Ibiza prestado. Sánchez los miraba hacer. Se estaba muy quietecito, no decía esta boca es mía. Así que lo aprendió todo muy deprisa, allí empotrado en el asiento de atrás, con la pierna escayolada sobre la ventanilla abierta, aparcados junto a los cañaverales salvajes del Manzanares. Alguien se fue de la lengua, por desgracia, probablemente la novia mexicana, y la madre de Sánchez ya no lo dejó salir por ahí con Casimiro en el Ibiza. De Casimiro pronto ya no quedó ni rastro y del amigo imaginario mucho menos todavía. Algo había cambiado para siempre, sin embargo, en la vida alegre de Sánchez. Debió de ser toda esa acumulación de circunstancias lo que le llevó a aprender a sacarle partido a su propia desgracia, a su suerte de mierda, porque enseguida se rompió la mano y luego la nariz y ya no paró. Y así fue como empezó su fama de gafe, de mal fario, de cortarrollos, así empezó a quedarse papando moscas, a mirar pasar los coches de la M-30, a fijarse en los detalles cada vez más pequeños de las cosas. Antes los hombres iban con un condón bien apretado en el bolsillo de los vaqueros, ahora van con una pastilla de Sertralina encima todo el día.

—Me vuelvo al coche —dije—, date prisa.

El coche estaba aparcado en la acera del hotel Plaza de Castilla, a apenas veinte metros. Me senté. Encendí un cigarrillo. Sánchez seguía comiendo, estaba de espaldas a mí, comía muy derecho, prestando atención a todo el follón que había a su alrededor. La guardia de seguridad atravesó el recinto, aburrída, la sheriff de un poblado americano de doscientos metros cuadrados. Le pidió a unos chavales que dejaran de beber pero no le hicieron caso, y la guardia se marchó como si no hubiera dicho nada. Tenía un brazo más largo que otro. Fui a encender la radio. No había radio. Era un coche de sordomudos. Llegó un autobús interurbano y se bajó una familia entera de borrachos, el padre, la madre, los dos hijos adolescentes y uno pequeño, los cinco borrachos como cubas, haciendo eses, sin tener ni idea de dónde estaban. Sánchez me miró. Se levantó, arrojó el cartón de arroz a la basura y cruzó la avenida dirigiéndose al coche. Se me

ocurrió de pronto que igual en su momento fui yo también una novia imaginaria.

Le dijeron que fuera a Mercamadrid. Las gemelas le habían dicho a Sánchez que Bertrán estaría esa noche en Mercamadrid, que preparaba una fiesta para el domingo siguiente en casa de unos amigos y estaba buscando a alguien que le hiciera una escultura de hielo, un toro de hielo de tamaño natural. Sus amigos eran unos ganaderos de La Finca. Por la cara que llevaba mientras conducía me di cuenta de que Sánchez estaba pensando ya en presentarse en la fiesta del domingo aun sabiendo que le ocurriría lo de siempre, que le confundirían de nombre todo el rato y acabaría marchándose enseguida. La M-30 en dirección a Mercamadrid va muy cargada de tráfico a esa hora, pero íbamos bastante rápido, precedidos de camionetas con matrículas amarillas y verdes y rodeados de camiones interminables permanentemente vigilados por las gaviotas que suben Manzanares arriba desde las costas gaditanas, unas gaviotas de las que solo veíamos las panzas blancas a la luz de las farolas, lentas, pesadas, fantasmas de cien toneladas sobre nuestras cabezas huecas.

Aparqué junto a la nave principal y nos quedamos parados unos segundos, deslumbrados por el gran espectáculo de Mercamadrid, ese botín producto del saqueo diario del arca de Noé. Estaban empezando a descargar los camiones de pescado, eran las cuatro y cuarto, yo esa noche vi atunes de tres metros colgando de grúas interminables, muy bestia todo, parecía que de un momento a otro se pondrían a construir una empalizada sin fin, una empalizada de atunes congelados y negros y resplandecientes.

Dentro hacía un frío de mil demonios y nos fuimos derechos al bar, caminando sobre hielo granizado, crujiente, sorteando los regueros de sangre roja y muy brillante y el filo de las hachas de los pescaderos, que partían los atunes congelados a hachazo limpio como si fueran troncos de leña de un bosque de carne. El bar estaba arriba, en uno de los pasajes de la derecha. El bar no tenía nombre pero sí unos azulejos amarillos y marrones inconfundibles, todo el mundo lo conocía como «El Ibuprofeno» y servían carajillos y churros. Tenían la tele puesta. Bertrán no estaba por ninguna parte.

—¿Seguro que te dijeron aquí?

—Es pronto —me contestó mirando el reloj—. Solo tenemos que esperar un rato, seguro que todavía sigue de jarana.

Nos sentamos frente a una de las cristaleras, que daban al interior del recinto. Era un segundo piso, se veía toda la nave hasta el fondo, en realidad no se veía el final, que debía estar a la distancia de un estadio de fútbol. Pedí una tostada pero solo tenían eso, churros y carajillos. En la barra estaban sentados tres camioneros, con gorras de lana hasta las cejas y cara de jet lag. Uno llevaba sobre la frente un antifaz de dormir con print de leopardo.

—¿Tú también le debes dinero? —me preguntó Sánchez.

—¿A Bertrán? Sí, pero ni me acuerdo ya de cuánto.

Tampoco me acordaba de cuánto les debía a las gemelas, ni a su padre, ni a media docena de personas más, por lo menos. Había pasado el invierno vendiendo cobre con los Calero por las chamarilerías de toda España pero ya no quedaban farolas de donde sacarlo, habíamos dejado medio Madrid a oscuras, parques y calles y avenidas negros como en medio del campo castellano.

Después trabajé una temporada con unos antenistas, tenían unos cuarenta años, discutían muchísimo, parecían un matrimonio; apenas sacábamos nada de nada de las casas de pensionistas donde nos colábamos, y acabé volviendo a las salas de Codere, a reventar apuestas. Por las noches me acostaba pensando y planificando minuciosamente el asalto a una sucursal de Bankia, un error muy común, y muy contemporáneo.

—Hace mucho que no veo a Bertrán, igual hasta se le ha olvidado que le debo dinero.

—Yo hace un mes que no le veo, desde la última partida —me dijo.

Se sentó en el taburete a mi lado y miró fijamente el cerco de un vaso de café sobre el zinc de la barra como si hubiera algo escrito ahí. Tenía unas ojeras muy profundas, muy moradas, detrás de él estaba el ventanal, y detrás del ventanal los cientos de miles de puestos de Mercamadrid, la nave nodriza de la supervivencia, el ocaso de lo nuevo.

—Hace un par de años me pasó algo muy raro con él —dijo.

—A ti te pasan cosas raras todo el tiempo.

—Esto fue distinto.

—¿Estábamos juntos?

—No. ¿Tú te enteraste del incendio de la casa de los primos?

—Algo me contaron. Fue en invierno, ¿no?

—En invierno, en febrero, sí. El incendio empezó en la peluquería, de ahí pasó al quiosco de prensa y luego siguió al barrio entero. Una casa detrás de otra. Eso me lo dijeron al día siguiente. Yo me había quedado dormido en el patio de los primos, que estaban en el pueblo. Había llegado tarde a casa, pero tarde de dos días que llevaba sin pasar por allí. Entonces solía quedarme durmiendo la mona en el colchón que tenían en el patio. Por lo menos esa noche la estaba durmiendo en casa y no en la calle. Pero por qué en el patio, si era febrero. No sé. Yo qué sé. Me despertaba a ratos con las sirenas, pero no sabía si sonaban dentro o fuera de mi cabeza, las sirenas sonaban como el coro de una iglesia. En mis sueños la gente hace cosas muy normales. Así que ahí estaba, durmiendo al raso, cuando oí un ruido y me desperté del todo y pensé: «Han entrado a robar», pero me dio lo mismo. Creo que me volví a dormir. Un sueño con nieve. Sonó otro golpe más cerca, un ruido como de cristales rotos, y entonces vi que había alguien ahí, delante de mí. Llevaba una barra en la mano y pensé: «Han entrado a robar y a matarme», y también me dio lo mismo. Entonces el tipo me llamó: «Sánchez.» Lo miré y vi el reflejo de las llamas rojas en el espejo de sus gafas y lo reconocí. Era Bertrán. «Vámonos de aquí», dijo. «Estás en medio de un incendio.» Yo iba descalzo, descalzo, sí, y salimos tal como iba por la cancela de atrás, donde los merenderos. La tierra estaba tan caliente que las chicharras saltaban disparadas como perdigones. Bertrán no decía nada, iba en bañador, venía de la sauna de un amigo, llevaba un móvil en una mano y en la otra una barra de acero de unas obras y no decía nada, solo caminaba delante de mí. Había gente entre los pinos, me acuerdo. Iban cubiertos con esas mantas de papel de plata que dan en las ambulancias, parecían caramelos, los estaban evacuando a una cancha de baloncesto. Hacía mucho frío y mucho calor, todo a la vez. «¿Cuánto tiempo llevas borracho?», me preguntó de pronto Bertrán. No sé. No tenía ni idea. Llegamos al pinar grande. Corría un viento, un viento de ruido, un viento que movía los árboles con fuerza. Todos menos uno. Parecía que el viento iba a arrancar los árboles de cuajo de la misma tierra, pero ahí había uno completamente quieto, inmóvil. Como si no pasara nada. Como si no estuviera ahí. Yo al árbol ese lo vi. «¿Cuántos días llevas sin comer?», y tampoco supe qué contestarle. Yo ya estaba del todo sobrio. Parecía que estábamos en una emboscada. Bertrán se paró como si tuviera que

pararse para algo, me entiendes. Habíamos llegado a lo alto de un cerro, se veía todo Madrid ahí abajo, yo me paré a su lado, cuánto fuego, y los árboles, yo iba a decir algo importante, ahora no me acuerdo qué, las cosas importantes que decimos los borrachos, que era todo maravilloso, cuando de pronto Bertrán me agarró del brazo y me apretó, creía que me lo iba a romper, el latigazo me subió como una corriente eléctrica hasta el cráneo, era energía pura, un dolor cósmico, cuando me soltó la mano ya no sentí nada. Nada. Entonces se quitó las gafas de sol y me miró. «La próxima vez que te vea borracho juro que te muelo a palos», me dijo, y eso. Y ya no dijo nada más. Luego señaló el fuego a lo lejos, rodeando mi casa, las llamas, el incendio enmarcado entre dos troncos muy rectos, así. Parecía una visión. Como un espejismo, pero solo para mí, solo por mí, entiendes, sabes, esa forma íntima que tiene lo extraordinario de huir de las multitudes. Lo raro de verdad. Una vez. Menos mal que al final todo me lo pagó el seguro.

—¿Qué visión?

—¿Cómo dices?

—Has dicho una visión.

—Pero eso fue hace dos años ya.

—Y no has vuelto a beber.

—No, no. Ni una gota. Bertrán tiene eso. Hace eso.

—Hace el qué.

—Lo de agarrarme del brazo. Todo lo que te he contado, o no me has escuchado. Ve cosas y hace cosas.

—Qué quieres decir.

—Sí.

—Con que hace cosas.

—También las ve.

—Pero qué cosas.

—Son como efectos especiales.

—¿Estás hablando en metáfora?

—No. O como superpoderes.

—A mí no me vengas con metáforas.

—O como milagros.

—Bien, porque no tengo el día para metáforas. Ni para ironías.

—Esto no es una metáfora de nada.

Me eché a reír. Me miró como si no me conociera o estuviera en la otra punta de la nave.

—Esto no es para ti —fue todo lo que dijo, muy alto, con ese tono de estar de vuelta, para zanzar el tema.

—Lo que tú digas.

De pronto se me quitaron las ganas de tenerlo cerca, no estaba de humor para historias raras, tenía demasiada prisa y demasiadas deudas.

—Voy a preguntar al de los hielos —dije—. Seguro que sabe la dirección de Bertrán.

—¿Bertrán el chaval de Majadahonda?

Quien había hablado era el camarero, probablemente había escuchado toda esa conversación tan punki y tan extraña mientras hacía como que miraba el PokerStars en la tele. Tampoco parecía

que tuviera nada mejor que hacer.

—Sí —dije.

—Ya se ha ido.

—Vaya noche que llevamos —dijo Sánchez.

El camarero tenía alrededor de sesenta años pero mucho pelo negro, raya a un lado como un preescolar:

—Bertrán lo que tiene es muchísima suerte, el cabronazo, nada más —dijo—. O eso o hace trampa.

—Estoy contigo —dije—. A mí me ha ganado tres noches seguidas.

—Todas esas pamplinas de que tiene un don son gilipolleces, como lo de la mano de la niña de Alcobendas, hay que ver cómo se aburre la gente. Cuánta ignorancia y cuánto cachondeo, y cuánta tele. Así nos va. Quién cree en los milagros. Eh. A ver. Siglo veintiuno que estamos. En los milagros cree quien no tiene nada, los que tienen qué van a pedir, ¿quién juega a la lotería y a los ciegos, eh?, solo empezando por ahí ya la cosa no se sostiene por ningún lado. Lo santo es pobre y el niño esto vive en Majadahonda, no me jodas, el pijo de los cojones. No vamos a cambiar nunca. —Miró alrededor para que le dieran la razón pero nadie le dio nada—. Tenemos los políticos que nos merecemos.

—De acuerdo al cien por cien —dije.

—¿Hace cuánto que se fue? —preguntó Sánchez.

—Una media hora. Se le inundó el piso y ahora lleva una temporada viviendo en casa de sus padres —dijo. Luego sacó una servilleta del dispensador y un boli—. Cuando lo veas le dices que me llame, Arturo soy, él sabe. Dile que quiero sacarme unas horas extra en lo del domingo. Es un niño pero paga de puta madre.

Me pasó la servilleta con un número de teléfono. Me levanté para marcharme, sabía muy bien cuál era la casa de los padres, era el último sitio donde hubiera esperado que estuviera. Sánchez se quedó sentado en el taburete, detrás de las orejas estaba completamente blanco, como si ese moreno tan cool fuera una máscara muy rápida de quitar.

—¿Nos vamos? —dije—. Te puedo llevar a tu casa antes si quieres, yo ya puedo seguir sola.

—Y para qué me voy a ir a casa.

—Para dormir.

Se quedó un momento mirando la pared frente a sí, los azulejos color mostaza, el reloj parado.

—Tú también crees lo que dice todo el mundo —dijo.

—Qué dice todo el mundo.

—Que soy un gafe.

Me dirigí hacia la salida. Él no se movió del asiento.

—No empieces otra vez —dije.

—Ese es mi don —dijo Sánchez a mi espalda—. Soy invisible.

—Lo que tú digas.

—Soy un fantasma.

Las cinco de la mañana existen aunque no las mire nadie. Están ahí, las cinco, muertas de aburrimiento, sin ganas de palique ya, esperando sentadas a que se haga de día y pase algo de una vez. Nos habíamos quedado casi sin gasolina y allí estábamos, en la gasolinera más cercana que encontramos antes de quedarnos tirados en medio de la M-30. En la gasolinera no pasaba nada, no había nadie tampoco, el chaval de la tienda 24 horas era un peruano de pelo duro y dientes tan blancos que parecía que llevara el cuarto de baño metido en la boca. A Roque lo conocíamos de la timba de la calle Pirineos, una timba muy pija en la Dehesa de la Villa, que es de un pijismo soso y modernista y decadente, un pijismo muy europeo el de la Dehesa de la Villa, la Costa Azul de Madrid. Nos saludamos, me llamaba de usted, llamaba de usted a todo el mundo, parecía sevillano.

—¿Qué hace el señor Sánchez en el coche?

—El señor Sánchez intenta dormir.

Sánchez se había quedado en el asiento de atrás con la vista clavada en el techo del coche, donde habíamos descubierto tres huellas de zapatillas que no entendíamos cómo habían llegado ahí. Al final había decidido seguir conmigo, tampoco tenía otra forma de volver a casa después. Se había tomado hacía rato un tranquilizante del gran alijo de los sordomudos y esperaba a que le hiciera efecto, dormir quince horas seguidas, sin el menor resultado, de momento.

—Vaya jeta más grande que tiene tu colega —dijo. Roque a veces parecía sevillano, a veces parecía peruano y a veces parecía de los altos de Villaverde. Tenía ese temblor en el índice del jugador compulsivo de tragaperras, probablemente le había interrumpido alguna apuesta online. Junto a la máquina registradora guardaba una pistola enorme, mate, más parecía un fusil de asalto que una pistola. Alguna vez se la había llevado a la timba de Tetuán—. No sale del coche porque no me quiere ver. —Roque no jugaba para ganar sino para ganar y perder y volver a ganar y volver a perder, algo que nos engancha mucho a todos, la vida en permanente 3D, esos ascensos estratosféricos seguidos de fulminantes caídas en picado, a plomo, siempre tan inesperadas, y tan estimulantes. Era raro que alguien no le debiera dinero a otro jugador o a varios más en esas partidas, todo Madrid es en realidad un circuito de intercambio de gaita, de billetes, de monedas, esa materia que hace acto de presencia física apenas unos segundos al día y sin embargo decide tu vida entera. Sánchez tenía una maza de deuda con Roque desde hacía cuatro días, desde la partida del jueves por la noche en casa de los Calero en la calle Pirineos.

Hay un dicho entre los jugadores de cartas que viene a decir que si llegas a una partida y no sabes a la primera quién es el novato es que el novato eres tú. Esa noche en casa de los Calero habían ido los de siempre más el novato de turno, que resultó ser Sánchez. Sánchez no era un buen jugador de póquer. Era bueno para otras historias; hurtos, robos, cambiazos, butrones, trapicheos que se hacen cuando no hay nadie mirando, cuando no hay testigos. Al fin y al cabo no es más que un gran tímido. Un guapo tímido. Qué gran desperdicio. Así que estaban Roque, los Calero, Paco, Carol y un tal Luis. La partida llevaba ya tres días en marcha, se habían ventilado varias docenas de sangrías y bocadillos de pasta de salmón y a veces se turnaban para sacar a los perros. Al principio se habían reído mucho con los chistes malos de Carol, habían dejado la tele puesta, esto ocurría en esa temporada mágica y tan graciosa que nos tiramos en España sin gobierno y todos

teníamos esa sensación de estar faltando al cole por tres décimas de fiebre. Sánchez quizás no se lo estaba pasando tan bien, porque empezó a perder casi desde el momento en que se sentó a jugar, pero siguió jugando de todas formas. Al segundo día ya no le quedaba más que lo que llevaba puesto, había llamado a todo el mundo para que le prestara pasta para seguir jugando, no había manera de que se fuera. Paco le decía: «Vete ya a tu casa si quieres conservarla»; «Qué casa», contestaba Sánchez, pero Sánchez no se iba. El tercer día había ido una amiga a llevarle algo de dinero para aguantar un rato, pero el jueves o no le quedaba ya nadie a quien llamar o no le cogían el teléfono. Hasta que de pronto alguien le contestó al móvil, le cambió la cara, eso me contó Roque. Al rato llamaron a la puerta, era un repartidor de Deliveroo que le dio a Sánchez una cajita, un pastillero envuelto en papel de periódico. Sánchez juró que esa sería la última partida. Abrió el pastillero sobre la mesa. Dentro había una medalla y un papel, todo bien apretadito ahí dentro. La medalla era de Santa Gema, costaba cuatro mil pavos, lo ponía en el papel, que era un certificado de un perito de un anticuario muy conocido de Madrid. Cuatro mil pavos. Carol dijo que se lo pensara bien. Allí estaban los cuatro mil euros, cuadrados sobre la mesa, allí no se movía nadie pero todo el mundo quería que Sánchez se fuera porque les daba pena. Eran cuatro mil pavos pero les daba pena. Estaban Roque, los Calero, Paco, Carol y un tal Luis. «Vete a casa», pero no se fue a casa. Y jugaron. Y perdió. Claro. Qué gilipollez.

—¿Cómo que una medalla?

—Era una medalla de Santa Gema de la catedral de no me acuerdo dónde —contestó Roque—. Lo ponía en el papel.

De una Santa Gema de una catedral. Y a quién se roba en esas circunstancias, eso me pregunté yo. ¿Se roba a la parroquia? ¿Al que da misa? ¿Al Santo Padre de la ciudad santa del Vaticano, se roba? Robar al Papa, yo al Papa le mangaría muchas cosas, candelabros, mapas de América, mármoles de Raffaella Carrara, aunque igual me bastaba con esos Manolos color púrpura que tiene, tan chulos, tan suaves, un par al día que debe de estrenar, no vaya a salirle callo de pisar el mundo.

Santa Gema.

Los milagros de Santa Gema.

Las cinco y veinte de la mañana.

Pagué la gasolina. Le pregunté a Roque quién se llevó la medalla al final. Intentó hacer memoria pero no tenía ni idea.

En el coche Sánchez seguía con la vista clavada en el techo. Al verme llegar se volvió a saludarme y nos quedó claro a los dos que no era precisamente un tranquilizante lo que se había tomado. Parecía feliz, de todas formas, de seguir en este mundo que poco tenía de suyo.

—Creo que me estoy poniendo enfermo.

—¿Cuánto le debes al peruano?

—Nada, calderilla, moneditos, pura metralla.

—¿Por qué te metes a jugar al póquer si no sabes?

Se encogió de hombros. Sonrió porque ya le daba todo un poco igual o porque esperaba que así no le partieran la cara, una sonrisa sin nada de gracia y mucho de comedia a medio hacer, ese tipo de comedia en la que el protagonista aparece en el minuto ochenta y siete de una peli de noventa. Una comedia de risa chungueta.

—Mañana con la carrera me retiro de toda esta mierda —dijo mirando al techo.

—Lo que tú digas. Ahora sal de ahí, te tiene que dar el aire.

Le ayudé a salir del coche, se le habían agarrotado las piernas, o momificado o algo parecido. Había comprado agua en la tienda y nos apoyamos los dos sobre el techo del coche, mirando tierra adentro. No sé bien dónde estábamos, en la M-30, había muchos árboles, pinos, abetos milenarios, a ratos se oía el gruñido de cuento de hadas de un jabalí. Debía de ser por El Pardo. Sánchez encendió un cigarrillo. Dio una larga chupada de las de estar pensando, una chupada de esas en las que se va a sentenciar algo importante, cuando se quedó a medio decir y señaló algo a mi espalda.

—Mira —dijo.

Me volví. No había nada.

—Una estrella fugaz —dijo.

Era la noche de San Lorenzo. Me lo había dicho hacía un rato en el viaje a Mercamadrid. En la noche de San Lorenzo la gente pide deseos, me dijo, cuando ve un meteorito. Dan buena suerte aunque sea una noche al año, una vez al año. Yo llevaba toda la noche echando vistazos al cielo de cuando en cuando pero no veía más que eso, el cielo, el firmamento sin fondo ni materia, el firmamento, que no era ni negro ni azul oscuro esa noche sino morado, un violeta muy denso como el cielo nocturno de los Simpson. Miramos hacia arriba, no había el menor rastro de nada. Nos quedamos unos segundos mirando hasta que de repente un resplandor brillante atravesó nuestro campo de visión, de arriba abajo, y fue a caer entre los árboles.

—¿Has visto eso?! —dijo.

Sonó un estrépito de cristales rotos entre los árboles.

—Espero que no fuera una estrella —dije.

Nos sorprendió otro resplandor, caía en vertical, fue a precipitarse justo frente a nosotros. Y otro más, esta vez venía de detrás, lo vimos haciendo un arco sobre nuestras cabezas. De nuevo oímos el ruido de cristales rotos. Nos dimos la vuelta. Ahí plantado en medio del aparcamiento estaba Roque, más alto y más feo que nunca, sacando una botella de Coca-Cola del contenedor de vidrio.

—¿Te estoy viendo! —gritó. Se dio impulso y arrojó la botella hacia nosotros desde el otro extremo de la gasolinera. La botella hizo un par de giros en el aire y estalló contra el cemento a nuestros pies.

—¿Eh! —grité yo.

—¿Dónde está mi dinero, conchudo? —gritó señalando a Sánchez con otra botella.

No sabía si echarme a reír, parecía una broma, igual estaba borracho. Roque iba todo de negro, como siempre. De repente parecía un cura de pueblo.

—Roque —dije.

¿Dónde estaba la pistola? Roque dijo algo en quechua o en lo que fuera y Sánchez se dirigió hacia él, con las manos en alto, como si le hubiera detenido la secreta.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—No te muevas —dijo Roque—. Estate quietecito.

Qué raro era todo. Iba a decirle a Sánchez que no hiciera tonterías, que tenía una pistola, pero Roque estaba lo bastante cerca como para oírme y preferí no decir nada.

—Entra en el coche —le dije a Sánchez en voz baja.

Cuando me volví Roque venía de nuevo hacia nosotros, su expresión de pronto era neutra, algo

que me hizo dar un paso atrás. Sánchez no me hizo caso. Avanzó hacia Roque hasta que se detuvieron al mismo tiempo, a menos de un metro el uno del otro. Se estaban midiendo, calibrando el grado de locura ajena.

—Roque —le dijo Sánchez muy tranquilo—. Ya está todo en marcha, es cuestión de un par de horas nada más, tú ya me conoces.

Roque me miró por encima del hombro de Sánchez.

—Estoy con Nikki para un tema, una carrera. Mañana mismo tienes lo tuyo.

Yo asentí. Roque se miró las manos. Quizás solo era falta de sueño, quizás llevaba dos días sin dormir y no sabía lo que hacía. Soltó la botella, había perdido toda la energía de golpe, como si la hubiera reservado al cien por cien desde hacía años para el momento decisivo, un momento decisivo que no le había conducido a nada más que a este instante en esta gasolinera en medio de ninguna parte, y regresó caminando despacio a la tienda. Abrió la puerta y se sentó detrás del mostrador. Sacó una servilleta del dispensador, una servilletita de papel donde te desean que vuelvas pronto y que tengas un buen día, y se secó las manos. Luego sacó el móvil y siguió jugando en William Hill. La pistola seguía ahí, mate, cuadrada, muy poco elegante. Esa fue la última vez que vimos vivo al peruano.

No ocurrió nada durante cinco minutos y eso sí que fue un milagro.

Los viejos nerviosos corren de noche, deprisa, después del tercer Gin Fizz y antes de leer las páginas color salmón de la prensa de la mañana. Algunos pasaban junto a nuestro coche aparcado frente a la casa de Bertrán, echaban un vistazo rápido a nuestro cochecito de mierda, que no pegaba nada ahí, Sánchez había salido y yo fumaba con la ventanilla abierta, echaban un vistazo los señores y me miraban como si fuera la amante cutre de algún vecino inútil, y pasaban de largo. Sánchez estaba tardando mucho, había ido a echar una meada pero probablemente se había encontrado con un ocelote o lo que fuera que hubiera entre esos árboles cuajados de flores moradas, árboles viscosos, árboles de ciencia ficción. La casa de los padres de Bertrán, un chalet de tres plantas y unos cuatrocientos metros cuadrados, estaba toda apagada. Eran las seis menos veinte. Bertrán seguía sin contestar al móvil. Yo miraba el chalet, las columnas blancas de porche de plantación sudista, tan hortera, tan bonito. La casa de los padres, claro, la había reconocido enseguida, estaba igual que la primera vez que fui. Ahí había conocido a Bertrán las navidades de cinco años atrás.

Nos habían contratado a seis amigos muertos de hambre y a mí para hacer de Reyes Magos y de pajes, y a alguno que hacía de camello también para la Noche de Reyes. Yo había dicho que sí enseguida, pagaban muy bien, la ropa nos la proporcionaban ellos mismos, solo había que entrar a medianoche en el salón con los regalos, saludar con la mano y marcharse, que es lo mejor que saben hacer los Reyes. Llegamos a eso de las siete de la tarde. Los disfraces no estaban aún. Había una fiesta ya en marcha, una familia enorme la de Bertrán, muchos niños vestidos de adultos con corte de pelo molón y sexi. Nos dijeron que esperásemos en una habitación de servicio para que los niños no nos reconocieran más tarde. La habitación era el cuarto de planchar, tenían una plancha industrial, de las de tintorería, con ese olor químico tan setentero. Tres horas más tarde aún no habían llegado los disfraces. No teníamos los disfraces y no nos dejaban salir, la dueña de la casa vino a decirnos que no saliéramos de ahí y que no nos encontrásemos con nadie o no veríamos un céntimo, un argumento que a mí me pareció irrefutable, convincente, muy fino. A las once de la noche el que hacía de Gaspar dijo que estaba harto y salimos a la cocina. Queríamos comer. Éramos los Reyes Magos. Así que salimos a escondidas, sin hacer ruido pero los seis a la vez, todo un poco chapuza. La casa era inmensa y estaba a oscuras y no se oía un alma. Estaban jugando al escondite, eso pensé yo, para entretener a los niños. Un escondite entre adultos. Se nos ocurrió que sería más fácil pasar por un invitado más si íbamos cada uno por su lado y nos separamos. Qué gilipollez. Yo me quedé en la planta de abajo. Llegué al comedor, se veía más o menos alguna sombra, entraba la luz del jardín, hacía frío y olía a tabaco y había alguien más en la habitación. No podía verlo pero sí notarlo. Me deslicé por la puerta y salí a un corredor muy largo y muy negro. Empecé a toser a propósito, aquello no me gustaba un pelo. Pero no salió nadie de ningún escondite. La casa crujía entera como si hubiera un fantasma o fuera ella misma, la casa, un fantasma, clamando venganza contra el arquitecto y el promotor y el aparejador y el ingeniero, fugados todos a Punta Cana. Llegué a la entrada, al distribuidor junto a las escaleras. Debajo de las escaleras había un tiesto con un ficus gigante y me senté detrás. A esperar. A esperar a los Reyes Magos. Justo enfrente había una mesita con fotos de viajes, señoras en la playa, maquilladas, con pulseras para salir siempre a flote, mares de gelatina azul cobalto. A veces

pasaba alguien, una sombra, una sombra que rozaba las hojas enormes de la planta. Cuando me acostumbré a la oscuridad vi las puntas de los zapatos de tacón de una señora asomando por debajo de una cortina. Niños, adultos, personajes de la Biblia, gente escondida por la casa entera. Miré el reloj, era medianoche. Oí ruido en la escalera, levanté la vista y vi una mano agarrada a la barandilla que descendía muy despacio. Y al bajar la vista me encontré a un chaval de pie, plantado frente a mí como si se hubiera teletransportado. Era Bertrán. Entonces no era nadie aún, no se había convertido en nada todavía, tendría unos quince años, yo aún no sabía quién era, su nombre. Ya medía metro noventa y tenía la cara guapa y las manos largas. Esas manos largas que tanto darían que hablar. Iba a decirle mi nombre pero me dijo «Sé quién eres» antes de que abriera la boca. Se sentó a mi lado. Y me pidió un porro.

Sánchez apareció por fin.

—Mira lo que he encontrado —dijo.

Venía arrastrando un tubo de plástico en la mano, uno de esos largos y amarillos que suele haber por las obras, se lo había encontrado por ahí. Me señaló un edificio a lo lejos, un hotel de dos plantas con unos neones enormes de más de quince metros de altura plantados sobre la azotea, solo ponía HOTEL con una luz muy blanca que parecía aplastar con su peso el edificio contra el suelo. Algo muy kitsch, muy desproporcionado, muy Las Vegas. Allí no pegaba nada. Sánchez empezó a hacer girar el tubo por encima de su cabeza como si fuera a echar el lazo en un rodeo. Al principio iba despacio pero al girar más deprisa el tubo empezó a emitir un sonido grave, continuo, siniestro como el aullido de un lobo. Paró y arrojó el tubo hacia los abetos. El tubo se fue alejando por los aires dando vueltas lentamente como un boomerang.

Sánchez abrió la puerta del coche y se sentó, pero de lado, con los pies sobre el asfalto, un taxista español. Me preguntó de pronto si sabía lo que era El Valle de la Inquietud, que era una cosa que le había contado una amiga suya que pintaba monas. El Valle de la Inquietud, ni idea, le dije, me gustaba el nombre, sonaba a parque de atracciones. El Valle de la Inquietud, repitió, como si el nombre ya generase un eco raro. Me contó que era la teoría de un japonés especializado en ingeniería industrial que dice que los robots nos gustan cuando parecen inventos mecánicos pero que cuanto más se parecen a las personas, cuanto más realistas son los androides, más miedo nos dan. Nos parecen simpáticos cuando son torpes y se les ven los cables pero en cuanto tienen pelo o mueven los ojos ya no nos hacen la menor gracia. Le di la razón, aunque no he visto un androide en mi vida, que yo sepa. Se quedó pensando. ¿Y un santo robot?, preguntó al cabo de un largo silencio. No le contesté nada. Cuánto conocimiento inútil genera el tiempo muerto, pensé.

—¿Qué piensas hacer después de todo esto? —le pregunté.

—¿Después de mañana? ¿Después de la carrera, dices?

—Cuando arregles todas tus cosas. Tus deudas con el peruano y con todo el mundo.

—No sé. Buscarme más, me imagino.

—Más qué.

—Más deudas. Hay que ver qué rápido pasa el tiempo cuando le debes dinero a alguien.

—¿Qué hora es?

—Las seis menos cuarto —contesté. La idea original había sido esperar a que Bertrán o quien fuera sacara al galgo a dar una vuelta, pero eso no estaba ocurriendo.

—Las seis menos cuarto. Ya está bien.

Arrojó el cigarrillo al suelo y tocó el claxon.

—Vas a despertar a todo el mundo —le dije.

Tocó de nuevo.

—Esa es la idea —me contestó.

Se encendió una luz en un chalet y luego otra, y otra en la esquina. Un perro empezó a aullar. Tocó el claxon otra vez. Ya había cuatro perros ladrando. Todas las casas estaban encendidas.

—Ya está —dijo.

Una chica abrió una cancela, fumando, y salió con un perro de esos muy pequeños que corren al bies. Casi enseguida de otro chalet salió un hombre en albornoz, descalzo, con un Carlino y un Braco verde agave. Habíamos despertado a todos los perros de los alrededores, que debían de ser cientos, miles de perros, jaurías de perros de urbanización maldita.

Cien perros, una sola oveja.

—Mira quién viene por ahí —dijo Sánchez señalando detrás de mí.

Ahí estaba Bertrán.

Y ahí estaba Cromwell.

La elegancia en estéreo.

La gente con pasta parece siempre que está por encima de las cosas, pero lo cierto es que está detrás de todas las cosas. Parecen extranjeros aunque lleven aquí trescientas generaciones. Bertrán tenía esa pinta también, esa forma de caminar. Iba con gafas de sol, tenía un tatuaje en el brazo, algo que me dejó bastante sorprendida porque esta gente no se hace tatuajes, a no ser los futbolistas o los cantantes. ¿El tatuaje era del papa Francisco? No estaba segura. Cromwell se acercó a nosotros y nos olió las piernas.

—¿Qué tal, man? —preguntó Bertrán todavía medio dormido—. ¿Qué hacéis aquí?

—Te he llamado cuarenta veces —le dije.

—Ya. No sé. Puede ser, hoy he tenido el teléfono desconectado todo el día. —Sacó el móvil. Le echó un vistazo. Estaba apagado y no se molestó en encenderlo—. Estoy con resaca. Ayer fue mi cumpleaños.

Sánchez acarició la cabeza de Cromwell. Me miró como preguntándome si era ese el perro que andábamos buscando, el que nos iba a sacar de la ruina y del desastre, aunque solo fuera por tres o cuatro días. Yo asentí.

—Qué perro tan bonito.

—Veinte. He cumplido veinte años —dijo Bertrán—. Lo flipas.

Había cumplido veinte años pero aparentaba quince. Probablemente le iba a ocurrir toda la vida. Me acordé de aquella Noche de Reyes en esa misma casa, las fotos sobre la mesa frente a la escalera donde me escondí. Había algunas de Bertrán de niño, de comunión, de vacaciones, una a hombros de su madre. A hombros de su madre, sí. Me pareció muy raro porque casi siempre son los padres los que llevan a hombros a sus hijos, no las madres. Luego, cuando se sentó conmigo, a mitad de fumarnos el porro, me dijo que esa no era su madre sino la chica que le cuidaba de pequeño.

—¿Habéis oído el ruido de hace un rato? —nos preguntó.

—¿Qué ruido?

—Como de una sirena.

—No hemos oído nada.

De pronto caí en la cuenta de que no tenía nada preparado que decirle, habíamos tenido tanta prisa en dar con él que no había pensado en cómo camelármelo para conseguir a Cromwell. Miré a Cromwell. Así que eso era un galgo de carreras. Yo no había visto más carreras en mi vida que las que retransmiten en las salas de apuestas, en el Codere del pasaje de la Plaza de los Cubos, donde no entra la luz del sol jamás, como en ningún casino ni bingo ni timba del mundo entero, donde siempre es medianoche y nadie quiere saber nada de lo que ocurre ahí fuera. La espuma de los sofás sin fondo de las salas de apuesta. Una de las mejores cosas de la pereza es que trae muy pocas consecuencias, y si lo hace es siempre demasiado tarde.

—No me habéis dicho qué estáis haciendo aquí —dijo Bertrán.

—No había forma de dar contigo, yo he venido para decirte que mañana te devuelvo lo que te debo —dijo Sánchez.

—Ya.

—Qué te parece.

—OK, man.

—No me crees. No me cree, Nikki.

—Pongo la mano —dije.

—No pongas nada. —Bertrán tampoco parecía muy preocupado por el tema, igual hasta se había olvidado ya, le debía pasta tanta gente que no debía de llevar la cuenta.

—Mira —dijo Sánchez señalando hacia el coche—. Ahí dentro llevo una partida de esteroides para tres gimnasios, si mañana no te devuelvo lo tuyo te lo quedas todo.

Así que había hecho sus planes, Sánchez, sin abrir el pico ni decirme nada.

Bertrán abrió una de las cajas de los sordomudos.

—Qué de morralla llevas aquí, man.

—Coge lo que quieras —dijo Sánchez.

—¿Hay algo para dormir?

—Ojalá.

Estuvo enredando entre los frascos.

—Tengo que dormir como sea —dijo.

—Pero es por la edad, a los quinceañeros os cuesta dormir a todos —dije yo. Lo había leído en alguna parte.

—Yo no tengo quince años.

—Y yo no he dormido bien nunca —dijo Sánchez.

Bertrán cogió una caja azul y se la guardó en el bolsillo.

—Cata esto —dijo Bertrán—. Hecho.

Se estrecharon la mano. Bertrán dijo algo en inglés, OK o algo así.

—Llevo llamándote desde el lunes —dije.

—Pues vale.

—No lo tienes apagado desde ayer.

—Oye, mira, tío. ¿Tú sabes cuánta gente me llama todos los putos días? Todo el mundo quiere algo, todo el mundo me pide cosas, dinero, favores, cash, que le arregle la vida. Aquí al único al

que no le hace falta nada es a mí. Dormir. Y que me dejen en paz, joder. Tengo el día cambiado con la noche, no sé ni qué hora es.

—Pues vete a dormir.

—Son las seis menos diez —dije.

—Tengo que pasear al perro un rato, se ha puesto como loco con tanto jaleo. Hostia. Me tiene hasta los huevos. No he visto perro más flojo en mi vida.

—¿Cómo que flojo?

—O está dormido o no para de correr, pero está dormido casi siempre. Duerme quince horas al día, menos de noche, que es cuando tendría que dormir. A mí el perro este no me renta.

—Te lo paseamos nosotros —se apresuró Sánchez.

—¿Y tú para qué me llamabas? —me preguntó.

—Ya da igual.

—Vete a dormir, Bertrán —dijo Sánchez—. Le damos una vuelta al perro y luego te lo llevamos a casa. Es lo menos.

—Ah, guay. Bien. Gracias, man. ¿Seguro?

—Claro.

—Pero mejor que no lo hagas tú, Sánchez. Si lo llevas seguro que le pasa algo, tipo lo atropellan o lo roban. Que lo lleve Nikki —dijo—. Bueno. Yo me voy a sobar ahora hasta mañana. Cuando haya dado un par de vueltas dais un toque al automático y os abre la chica.

Se dirigió a la cancela y la abrió. Tenía todo el pelo levantado por detrás por el roce con la almohada.

—Ese perro es un fake —dijo.

Nos quedamos Sánchez, Cromwell y yo mirándonos unos a otros como si estuviéramos a punto de asaltar un banco.

Cromwell no estaba dispuesto a que lo metiéramos en el maletero del coche. Cuando lo abrí y se olió que quería encerrarlo ahí dentro me miró con expresión ofendida, era demasiado cool como para ladrar y quejarse, solo se quedó allí clavado sin parpadear siquiera, era tan elegante, era tan moderno, era un perro mod. Tampoco quedaba sitio donde meterlo, en el maletero había aún más cajas de medicamentos y suplementos de gimnasio. Tuve que apartar algunas y hacerle hueco a Cromwell en el asiento de atrás, donde se sentó muy derecho, sin tocar nada, solo le faltaba echar un brazo a lo largo del respaldo. Un perro disfrazado de perro.

—¿A quién llamas? —me preguntó Sánchez.

—Intento hablar con Filardi.

—¿Y dónde vas a quedar con ella?

—En La Racha.

No había cobertura. Tuve que colgar.

—¿Vamos a ir a La Racha? ¿Ahora?

—Eso he dicho.

No dijo nada. Se limitó a mirar por la ventanilla. La Racha había sido un local mío un millón de años atrás. En los noventa. Cuando todo brillaba.

Salió todo fatal, luego lo compró Mardones, un amigo común de Sánchez y mío. Y luego lo

compró un chino.

Fue en casa de Mardones donde nos conocimos Sánchez y yo. Al final de una timba a la que fui yo, él no, él entonces llevaba su vida de perfil bajo. A la tercera mañana de la timba yo quería volver a Madrid, aquello era por Alcobendas, pero nadie estaba lo bastante despierto como para llevarme a casa o estaban desayunando ya los restos de canapés y los culos de whisky que quedaban por ahí, sentados en la moqueta, con las persianas bajadas. Entonces apareció Sánchez. No tenía nada que ver con aquello, no había venido a jugar, solo traía las cajas y packs de bebidas. Como vi que volvía a Madrid le pregunté si podía llevarme en la furgoneta. Iba completamente borracho, probablemente por eso me dijo que sí. No habló ni una palabra en todo el viaje, yo le miraba de reojo, tenía barba, una barba fea y poco intencionada, el pelo revuelto. Me dejó en Cuatro Caminos y eso fue todo. Unas semanas más tarde estaba tomando unas claras en un bar por Quevedo cuando lo vi reflejado en el espejo del bar, en la calle, caminando con las manos en los bolsillos. Salí, lo saludé. Pedimos unas cañas. Nos pusimos a hablar de Mardones y de las cosas que tenía en su casa, lo raras que eran, por hablar de algo, en realidad hablaba yo, por los codos, hablaba, me lo iba inventando todo sobre la marcha y él me escuchaba con mucha atención, como si estuviera descubriendo algo importante. Cuando iba a marcharse le pregunté en qué trabajaba. Me dijo que llevaba dos años en el paro. Yo creía que tenía una empresa de catering, pero no. No hacía nada en todo el día. Tampoco hacía nada en toda la noche, que era cuando estaba siempre despierto. Entonces le propuse trabajar conmigo. En realidad primero le propuse que dejara de beber y luego que empezara a trabajar conmigo. A trabajar en qué, eso me preguntó. «A ti ganar dinero veo que se te ha dado siempre muy mal pero robar se te va a dar de puta madre.» Eso le dije. Y eso por qué, me preguntó. Porque no se te ve aunque estés en medio de la habitación. Asintió. Ajá. No se lo pensó dos veces. Yo era muy buena dando palique, lo sigo siendo. En realidad hablo mucho porque cuando hablo no pienso y entonces ya no puedo parar de hablar. Primero empezamos a trabajar juntos, luego nos pusimos a vivir juntos, hicimos lo del hipódromo, hicimos lo de las almonedas, hicimos lo de los taxistas de Guadalajara. El procedimiento, los palos, se le ocurrían siempre a él, unos planes simples, aplicados. Transparentes. No me sorprendió su facilidad, aunque tardé bastantes meses en darme cuenta de que Sánchez era de centrifugado largo y cada cierto tiempo entraba en fase recesiva, de que pasaba de la euforia más macarra a las siestas de cinco horas casi sin transición, de que era un melancólico como la copa de un pino. Nada más.

—Sánchez.

Había puesto los pies sobre el salpicadero y estaba cruzado de brazos, con la cabeza contra el cristal de la ventanilla y los ojos cerrados.

—Sánchez.

No estaba dormido.

—Daniel.

—Qué.

—¿De dónde sacas el agua y la electricidad para el piso piloto?

—¿Me despiertas para eso?

Solo quería oírle hablar. Me gustaba su voz. Me hacía pensar en el Lejano Oeste.

—No estabas dormido.

—Estaba pensando.

Cromwell empezó a gemir en el asiento trasero. Llevaba dando vueltas por ahí atrás desde que Sánchez se había dormido, como si intuyera que estaba soñando con él y no le gustara nada el sueño. Quizás Bertrán llevaba razón y el galgo estaba algo tocado. Cromwell ladró una vez y se quedó en silencio.

—¿Y el gas? ¿De dónde sacas todo eso, eh?

—Tengo un mal presentimiento —gruñó—. Tengo una mala vibra.

—Mañana a esta hora se te habrá pasado. Piensa en eso.

Piensa en eso, piensa en el dinero, piensa en lo rápido que va a ir todo hasta que te lo gastes, en lo corto que se te va a hacer el mes, qué digo el mes, la semana, no va a durar nada. Tres días.

Cromwell lanzó un aullido, un aullido grave, largo, un aullido del siglo diecisiete.

—Joder.

Puso las patas en el respaldo de Sánchez, gimió y aulló otra vez.

Sánchez intentó apartarlo con la mano.

—Fuera de aquí —dijo.

Cromwell gruñó enseñando los dientes. Empezó a ladrar. Luego se calló de pronto. Habíamos pasado ya el nudo de Manoteras, tomé el desvío hacia el Lidl y salí de la carretera de Burgos. A menos de cien metros había un MacDonald's de los de veinticuatro horas, sujeto a este mundo por media docena de globos de helio. Columpios. Promociones. Aparqué. Salimos del coche y ahí sí, había cobertura. Wifi, payasos asesinos. Sánchez encendió un cigarrillo y se quedó mirando a una chica muy plana con pelo a lo afro que estaba bebiéndose una litrona de CocaCola sentada sobre el capó de un coche. No sé qué hacía tanta gente en la calle esa noche, a esa hora, por todas partes. Buscar a San Lorenzo. Eso dijo Sánchez.

Llamé a Filardi. Contestó enseguida. Quién dormía esa noche: nadie. No dijo «Hola» ni nada, solo se limitó a descolgar y respirar levemente al otro lado de la línea. Llevaba cinco días esperando a que la llamara.

—Soy Nikki.

—Finalmente —dijo con voz adormilada.

—¿Sabes dónde está La Racha? —le pregunté. No tenía ni idea.

Le di la dirección.

Le dije que estaríamos allí en media hora.

—Ciao, Filardi.

—Hasta luego, señora.

«¿Hasta luego, señora?»

Colgué y volví junto al coche.

—Qué noche más de puta madre —dije mirando al cielo.

El cielo seguía liso, denso, tenso como una pantalla de cine.

Qué gran silencio.

—¿Ha vuelto ya el perro? —preguntó Sánchez.

—¿Cómo?

—¿No lo has sacado a hacer pis?

—¿No lo has sacado tú?

Nos miramos el uno al otro de arriba abajo.

—Estaba contigo.

—¿De qué hablas?

—No me jodas.

—¿No estaba contigo?

—¿Está el coche abierto?

—Ay, Dios.

El coche estaba con las dos puertas abiertas. Miré en el asiento de atrás. No había ni rastro. Reconocí esa sensación, ese vértigo cuando el músculo cardíaco se vacía del todo de golpe.

—Esto no está pasando —dije.

Miré alrededor, por la explanada de los columpios. En el restaurante no había más que un camarero, solo, durmiendo boca arriba en un banco.

—Nikki —dijo Sánchez. Me tocó el brazo y señaló a lo lejos.

Cromwell corría hacia los árboles del pinar, al otro lado del aparcamiento, parecía que se deslizara sobre hielo, sobre vaselina pura, rápido y afilado como un dardo. El ganador de la Carrera.

—Lo sabía. Soy un cenizo, soy un gafe —decía Sánchez a mi espalda—. Nada de esto va a salir bien.

El camino de tierra por donde Cromwell se había metido parecía dirigirse a lo más oscuro del pinar. Apenas se veía el suelo, teníamos que avanzar con cuidado. Tampoco se oía el menor ruido. Silbé.

—¿Y a ti te parece que yo tengo mejor suerte que tú? —pregunté.

—Pero a ti te da igual la suerte que tengas. Siempre estás del mismo humor, nunca cambias de opinión sobre nada, la ropa igual, la cara igual. No sé cómo lo haces. Pareces de goma.

—¿De goma?

—Aislante.

—Hablas demasiado.

Silbé otra vez. Quizás Cromwell solo tenía hambre, o se había alejado para estirar las piernas y volvía enseguida. Sánchez se tropezó con algo, ahora iba delante de mí. Cuando le iluminé con la linterna del móvil vi que se había arañado con una rama. Tenía un corte de sangre roja y vibrante como papel de celofán.

—¡Cromwell!

El pinar era muy espeso. No me gustan los bosques, todos esos árboles dando la espalda, dónde tienen la cara, los pinos, los abetos, adónde me iba a llevar mi paranoia esa noche, pensé. Con que fuera lo más lejos posible de allí sería suficiente.

—¡Cromwell!

Matorrales, hierba rala, latas de Mahou. Más adelante el terreno subía en cuesta hacia el talud de una rotonda. Estábamos cerca del gran tinglado del Ikea y los centros comerciales de Alcobendas. Todo eso apareció de golpe, bien extendido ahí a nuestros pies, desde el otro lado de la curva, una de las cien mil rotondas que hay por todo el territorio nacional, los cien mil puntos suspensivos que dejan todo siempre por acabar, las rotondas, esas indecisiones tan españolas.

En la explanada del aparcamiento había cuatro o cinco grupos de personas, algunas sentadas encima de los coches, bebiendo, fumando y mirando al cielo. Habían montado un telescopio también, en medio del aparcamiento, había algo de película de terror en el aire, un terror japonés con dosis de alta comedia. Parece que la gente no tiene bastante con lo que pasa aquí abajo, dije bien alto.

—Cuando ves una estrella fugaz pides un deseo, por eso están aquí —repitió Sánchez—. ¿Tú no has visto nunca una estrella fugaz?

—No.

—Yo sí. Muchas veces. Cruzan el horizonte de lado a lado, zas, como si se abriera el cielo.

—¿Como si se abriera el cielo?

—De un navajazo. Flipante. Una luz que rueda.

—No será más que publicidad.

Se echó a reír.

—Publicidad de qué.

—Publicidad. Un anuncio, yo qué sé, mira toda esta gente, los anuncios para tenernos despiertos, con los ojos como platos, dormidos no compramos cosas. Nos quieren despiertos a todas horas, que me lo digan a mí. Internet las veinticuatro horas, MacDonal'd's y Amazon y Netflix la noche entera, así consumimos. Aunque solo sean somníferos.

—Lo que tú digas.

Había un chino vendiendo latas de una bolsa de plástico. Cómo se habría enterado de que se iba a juntar tanta gente ahí, cómo habría llegado hasta ahí el chino, a vender sus latitas de CocaCola francesas, es algo que no me explico, a no ser que el anuncio de la estrella fugaz no fuera cosa de Ikea sino una producción china como al fin y al cabo son los productos de Ikea y de todas partes.

—¿Has visto un perro por aquí? —le pregunté al chino. Era el único que en vez de mirar al cielo miraba a este lado de las cosas mortales, las cosas que se usan, las que se gastan y luego se acaban. Me recordó al chino de mi calle, una china, en realidad, que pesa los montones de euros en la báscula para ahorrarse contarlos, las monedas fluyendo de entre sus dedos como un chorro a presión. Y si en vez de un banco robara un chino, eso pensé yo, y sigo pensando todavía.

—¿Quieres perro?

—Sí, bueno, estoy buscando un perro. Un perro delgado. Gris.

—Mañana yo perro aquí.

—Ahora, hoy —señalé el aparcamiento para hacerme entender—. Corriendo.

El chino asintió con la cabeza.

—Sí qué —dije.

—¿Qué más?

—¿Un perro por aquí? ¿Lo has visto?

—¿Agua? ¿Cerveza?

Ah.

—Agua —dije.

Sacó una botella. Le di su euro. Señaló hacia la carretera, hacia la M-40, con un dedo muy flaco y una uña del meñique muy larga y estrecha.

Volvíamos sobre nuestros pasos, otra vez hacia arriba, hacia la rotonda.

Mientras subíamos la cuesta Sánchez se detuvo a mi espalda, en seco:

—¡Mira!

—¿Dónde?

¿Había visto a Cromwell? Yo no veía nada de nada. ¿En la carretera?

¿Entre los árboles? ¿Entre los edificios del polígono?

—¡Una estrella fugaz! —dijo.

—Qué ganas tengo de que se acabe todo esto —dijo Sánchez. Caminaba a mi lado. Seguíamos buscando a Cromwell, no aparecía por ninguna parte, el chino nos había dado gato por liebre, los chinos tienen a su disposición un horóscopo entero para venderte o cocinarte. Íbamos en dirección a Camino Juncal, lo ponía bien grande en los avisos sobre la carretera—. Creo que cuando llegue a casa voy a dormir cien horas.

—Tú lo que tienes es que despertarte.

No dijo nada. Quería que reaccionase de una vez, un cabreo le vendría bien, le mantendría a flote en lo poco que quedaba ya de noche, pero no se molestó en contestarme.

—Voy a buscar por allí —dijo. Se dirigió hacia unos chopos que había a unos treinta metros. Estábamos muy cerca de una gasolinera, había un anuncio de un Taco Bell y otro de unos cines. Yo me quedé del lado de la cuneta.

—¡Cromwell! —grité. ¿Quién le habría puesto ese nombre? ¿Por qué los perros de carreras tenían nombres tan raros? Presté atención por si le oía ladrar pero solo sentí la vibración de los coches pasando a toda velocidad, demasiados para las seis y cuarto de la mañana de un martes de agosto. Coches y camionetas y camiones. Los pilotos rojos de un 747 volando muy bajo al otro lado de la autopista, despegando de la pista de la T4. Enseguida pasó otro avión, gigantesco, a menos de veinte metros sobre mi cabeza, el tren de aterrizaje plegándose lentamente en el fuselaje como diciendo aquí se acaba todo. Cuando el ruido de los motores se apagó distinguí la voz de Sánchez a lo lejos. Estaba hablando con alguien. Se estaban riendo. Me dirigí hacia los chopos. Al contraluz de la gasolinera descubrí la silueta de Sánchez. Estaba charlando con Bertrán.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté.

—He venido a la gasolinera a comprar tabaco —contestó Bertrán—. No puedo dormir.

—Yo tampoco puedo dormir —dijo Sánchez. Me señaló con la cabeza—. Ni ella, aunque no lo diga.

Y si montara grupos de gente con insomnio, se me ocurrió, grupos de ayuda como los de Alcohólicos Anónimos, reuniones a las cinco de la madrugada para entretenernos, hacernos compañía, tener un mentor al que poder llamar en cualquier momento de la noche para decirle «Estoy a punto de dormirme», llevar donuts y fumar como chimeneas. Unas reuniones de insomnes con guarderías asociadas para los hijos de los insomnes, pero pagando, las guarderías. Me pareció una idea brillante. El caso era sacar dinero de donde fuera ya que no iba a robar un banco, no iba a tener los cojones para robar un chino y estaba cada vez más claro que no íbamos a llegar a tiempo para la carrera.

—¿Qué tal se ha portado Cromwell? —preguntó Bertrán.

—¿Quién es Cromwell? —dijo Sánchez para despistar.

—Un futbolista del Manchester —contestó Bertrán.

—Un político —dije yo.

—¿Seguro?

—Sí. Inglés. Pero de hace mucho tiempo.

—¿Y dónde está? —Nos miró como si fuera algo que pudiéramos llevar encima—. ¿En casa ya?

—Le cortaron la cabeza —dije.

Bertrán me miró estupefacto.

—De qué hablas.

—Después de muerto —dije—. Da igual.

—¿Cómo que da igual? —Nos miró a uno y otro, yo le hice una seña mínima a Sánchez con la cabeza para que no dijera nada—. ¿Dónde está el perro?

Sánchez se encogió de hombros:

—Se ha escapado —dijo al fin.

—Ha sido sin darnos cuenta.

—Debe de estar por aquí. Lo estamos buscando.

Bertrán no pareció enfadarse en absoluto, si acaso molestarse por la inconveniencia, poco más. Tenía sueño atrasado y ganas de irse a la piltra. Ahora que lo tenía más cerca me di cuenta de que el tatuaje en su brazo no era del papa Francisco sino de Jake el Perro.

—Ah, no pasa nada, estaba harto de sacarlo a pasear —dijo después de echar un vistazo a su Patek—. Bueno. Nos vemos por ahí. Stay cool.

Dio la vuelta y se fue hacia la gasolinera. Entró, miró entre las revistas y los refrescos energéticos. Llevaba las gafas de sol colocadas sobre la coronilla, los cristales color naranja reflejaban la luz de los plafones como si fueran espectros de rayos láser saliendo de su cabeza.

—Y ahora qué hacemos.

—No sé, yo qué sé.

Bertrán estaba pagando ya con una tarjeta de crédito, una de las quince que llevaba en la cartera, el Tarot de Marbella al completo. Había algo extraño siempre en él, o al menos hacía que las cosas se parasen unos segundos, la gente, el tráfico, los acontecimientos, como esperando a ver qué pasaba con él. Un pijo raro pero de los listos, eso era Bertrán, un pijo de los que acaban haciéndose coach motivacional o grabando programas de multiaventura o abriendo una galería de arte alternativo en Urgel.

Sánchez estaba demasiado callado.

—Creo que habría que contarle lo de la carrera —dijo al fin.

—Vamos a sacar una mierda como repartamos entre tres.

—Vamos a sacar nada si no tenemos perro —dijo mientras abría la puerta de la gasolinera.

Bertrán tenía una capacidad indudable para neutralizar el menor asomo de mal rollo o mala vibra en cualquiera que se le acercara, igual esos eran sus superpoderes, o igual era que se la pelaba el estado de ánimo de quien fuera aparte del propio. El caso es que Sánchez, después de meterle una gran chapa sobre cómo las carreras de galgos empezaron en Gales después de cerrar la minería, una historia que a mí me pareció que se iba inventando sobre la marcha pero que luego comprobé que era cierta, después de ese momento documental, le explicó lo de Filardi y el galgo y la carrera del día siguiente. Bertrán lo miraba sin decir esta boca es mía. Sánchez se iba poniendo nervioso por segundos, yo creo ahora que no tenía mucha fe en la carrera ni en el galgo, y mucho menos en mí, y se embrollaba cada vez más. No quedaba claro si estaba invitando o sugiriendo u obligando a Bertrán a participar en el tema.

Sonaba algo amenazador, estaba en vilo, llevaba tres noches sin dormir. Bertrán lo miraba y asentía como si no pasara nada, todo le parecía guay. Con mucho flow.

—¿Cuánto sacamos por cabeza? —preguntó.

—Dos mil. Ahora. Eso sin apostar.

—Vamos afuera —dijo—. Quiero fumar.

Había comprado también unos Haribo y un par de revistas y unas latas de anchoa, la escapada a por tabaco le había salido por unos veinte pavos, pero todo bien.

—Dos mil cada uno —repitió.

—Hemos quedado con Filardi a y media —dije mirando la hora.

Encendió un cigarrillo y se dirigió al aparcamiento de detrás de la gasolinera, sin decir nada, fumando. Sánchez y yo le seguíamos, caminaba como si supiera perfectamente por dónde tirar.

—Es un flojo —dijo de repente—. El perro este es un vago, no lo he visto correr ni cien metros desde que lo tengo, aunque esté con más perros, ni se mueve. Se la pela todo.

—Filardi no tiene por qué saber que no corre. Solo tenemos que vendérselo. Se lo damos y nos quitamos de en medio y ya está —sugirió Sánchez.

—Es un flojo y es un condescendiente —dijo Bertrán—. Mira qué bien que al final me lo quito de encima, a ver cómo se lo toma mi madre, le gusta cómo camina, se le transparentan las patas, me dice, le diré que se ha perdido, ya veremos, siempre le pareció muy trendy. A mí lo que me parece es un sobrado.

Ah, la madre de Bertrán. Esa sí que era una pieza de orfebrería. A la madre de Bertrán las cosas de su hijo le habían parecido siempre resultado de un TDA del que no se sentía en absoluto responsable. Las llamaba así, las cosas de su hijo, y lo llamaba así, TDA, que es como se llama ahora a los niños que no saben estarse un segundo quietos, un término que además se ha puesto de moda, el TDA, como llevar aparato a los cuarenta. Primero lo medicaron, las pastillas no le hacían nada y pronto descubrieron que las vendía en el colegio. La madre, una señora de cincuenta años más diez o doce, lo llevó a su Personal Trainer, luego a su coach espiritual, luego a Asunción, en el Paraguay, a que lo viera una mujer que descubrió viendo tutoriales en YouTube, pero Bertrán seguía igual. Se echó un amante por internet, la madre, y se olvidó del tema del TDA. El padre no decía nada. Al padre todo le parecía perfecto. El padre vivía en Bruselas.

—¿Y dónde hemos quedado con la italiana?

—En La Racha —dije.

—¿La Racha?

—Un antiguo bar de Nikki.

—¿Tú antes tenías un bar?

—Yo antes era filóloga.

—¿Y qué tiene que ver la filología con los bares?

—Nada. La filología no tiene que ver con nada.

Yo antes era filóloga, sí, iba a ver pelis iranés, dejaba propina, adelantaba por la izquierda. Hay que ver qué rápido acaba la ruina con la vergüenza.

—Yo también quiero tener un bar —se le ocurrió de pronto a Bertrán—. Una franquicia.

—Es mucho trabajo —dije—. Parece muy divertido, crees que vas a pasarte el día rodeada de borrachos y gente de buen rollo, pero yo acabé bastante harta. Además, hay que madrugar. No sé por qué mis amigos se alegraron tanto cuando abrí el bar si en realidad mi intención era echarlos a todos a patadas.

—¿Y ahora de quién es?

—De un chino.

—OK.

Nos despidió con un gesto de la cabeza y se dirigió hacia la parte más al sur del polígono industrial, mirando su móvil, con la cara inmersa en el pálido resplandor de la pantalla, esa luz que nos habla.

Conducía Sánchez. Parecía tranquilo, por fin. Se había remangado la camiseta después de cortarse en el pinar, dejando el hombro al descubierto. Reconocí su antiguo tatuaje en el antebrazo: «Marina», con letras góticas de los ochenta. Marina fue un ligue de cuando tenía dieciocho años, una chavala de flequillo muy recto que vendía bolsos hechos con anillas de latas de refrescos en el mercadillo dominguero de la Avenida de Andalucía, mil años atrás.

Marina era una chica de San Fermín, donde la depuradora, una chavala de barrio que había salido rara. Los raros no se enteran casi nunca de que lo son hasta que alguien viene a decírselo y entonces se vuelven más raros todavía porque se pasan el tiempo intentando aparentar ser más normales o más pedestres pero no tienen ni idea de lo que es ser normal. Cómo que rara, en qué sentido, le pregunté a Sánchez. Rara como Bertrán. Rara como yo, dijo. Era rara pero alegre, se dejaba llevar a cualquier parte, todo le parecía fenomenal. Cuando entró a trabajar en casa de Bertrán ya era novia de Sánchez, se habían conocido en Desguaces La Torre buscando chatarra y espejos retrovisores para venderlos después, y no se fueron a vivir juntos porque no tenían ni un duro y porque ella entró de interna en la casa de los padres de Bertrán casi enseguida. Dormía en una habitación muy chula que daba a la piscina desde la que se oía el sonido caro de las raquetas de tenis golpeando la pelota. Cuando había alguna fiesta en el jardín aprovechaba los restos de ginebra y de tónica, los metía en una bolsa de plástico, después la agitaba y la pinchaba con una pajita para beber directamente. Eran una bomba. Se lo había enseñado una filipina que trabajaba cerca. A Sánchez le encantaba la casa, le encantaban Marina y sus gin-tonics molotov. A veces se quedaba a dormir, no se enteraba nadie, la casa era enorme. Marina tenía una tele para ella sola donde veían *Dexter* y *Futurama*. La tele estaba encajada en la pared al final de un pasillo muy estrecho, encima de la tele había un afiche del mapa de Canadá que nunca supieron quién había pinchado ahí. Marina había colocado un sofá de escay rojo atravesado a mitad del pasillo de forma que había que saltar por encima para ir de un lado al otro. Entre el sofá y la tele había un ficus artificial sobre un mueble bar de los cincuenta con luces color fucsia que usaban para iluminar el pasillo entero. Había una habitación a cada lado del pasillo, en una dormía Marina, la otra era para guardar bicicletas, cosas. Una noche se quedaron dormidos en el sofá, con la tele puesta, como solía ocurrirles cuando bebían un poco de más. Había nevado. No se oía un alma. De pronto Sánchez se despertó a medianoche con un ruido, un roce en la pared. Un roce de fantasma. Ahí estaba Bertrán, plantado delante de ellos. Tenía nueve años o así, iba con una camiseta negra, de *Matrix*, que debía de ser de alguno de sus cuarenta hermanos mayores porque le llegaba a las rodillas. Estaba muy moreno, era enero, olía a rayos UVA. La tele a su espalda se había congelado en una imagen pixelada en tonos verdes y azules. Se miraron. Sánchez le preguntó quién coño era y el niño le dijo quién coño eres tú. Y entonces ocurrió algo muy raro. A Sánchez le dio muy mal rollo. Cada vez que el niño se movía los píxeles en la pantalla se movían con él. Sánchez lo vio con sus propios ojos. Un paso, la cabeza, y los píxeles reproducían su gesto sobre la superficie de plasma, como un doble suyo. Se me pusieron los pelos de punta, me dijo cuando me lo contó. El niño solo había venido a pedirle a Marina unas gominolas o una Pantera Rosa porque en casa no le dejaban comer refinados. Me llamo Bertrán, dijo. Me llamo Daniel, hay una

bolsa de M&M's encima de la cama. ¿Con cacahuete? Sí. No. No sé. Bertrán se dio la vuelta y se dirigió al cuarto de Marina. La imagen en la tele le siguió como una sombra. Sánchez esperó con el estómago encogido hasta que Bertrán salió con los M&M's. Le dijo a Sánchez que no tenía nada de sueño y que si podía quedarse un rato con ellos. La pantalla de la tele emitió un chispazo. Sánchez le dijo que no. Vale, dijo. Me voy. Bertrán le dijo adiós con la mano y los píxeles a su espalda repitieron el movimiento, parecían señales de algo. Luego la pantalla se quedó de color verde como un croma y cuando Bertrán desapareció pasillo arriba la tele recuperó la imagen normal, un anuncio de compra a plazos de una descalcificadora de agua de grifo que parecía repetirse una y otra vez. A la mañana siguiente le preguntó a Marina que quién era Bertrán. No quiso contarle nada de lo que había ocurrido mientras ella dormía. Marina le dijo que Bertrán no era como los otros niños que había cuidado. Que era un niño raro. Raro como quién. Raro como tú. Que tenía más suerte que los otros niños, les ganaba siempre en todos los juegos, le ganaba hasta a ella, a las cartas, al escondite, a lo que fuera. Cuando llegaban juntos a una parada el autobús aparecía enseguida, como por arte de magia. Demasiada suerte, eso no era normal, dijo Marina, tenía muchos amigos en el colegio, sin embargo. Bertrán parecía tomarse su suerte con toda la naturalidad del mundo. ¿Cuántos años tenía? Nueve. Sánchez no volvió más por la casa, llegó la primavera, Marina conoció a un mecánico que arreglaba motos y que tenía un grupo de rap. Dejó de llamar a Sánchez por teléfono. Al final del verano Sánchez se plantó una noche en la casa de Bertrán. El de mantenimiento lo conocía y le dejó entrar por la puerta de servicio. Estaban dando una fiesta muy loca, la gente se tiraba a la piscina borracha perdida, se iban al fondo como perdigones. Marina no pareció muy sorprendida de verlo. Se lo llevó a su cuarto, tenían que hablar. ¿Estaba enfadada? Estaba bien, había que pasar página. Fumaron un rato, Sánchez solo había venido a despedirse, en realidad, lo de la página le sonaba bastante sensato. Ella salió de la habitación y volvió al cabo de unos minutos. Traía la camiseta de *Matrix* de Bertrán. Quería que se la quedara él. Ahora sí que estaba convencida de que más que suerte parecía que Bertrán tuviera una especie de don o superpoderes, así dijo, y esa camiseta era como su amuleto o algo por el estilo. Al menos la llevaba siempre encima. Superpoderes como quién. Superpoderes como los que no tienes tú.

Tanto hablar del dinero y tanto hablar de lo raro como si se trataran de cosas que fueran cada una por su lado y no se cruzaran jamás. Pero lo cierto es que en algún momento todos sospechamos que hay algo más grande más allá del dinero, algo que se nos escapa, su sombra platónica, quizás. No entendemos nada de esa sombra, muy negra, como la de un monumento. No entendemos: la escasez. Las transacciones. La volatilidad. ¿Es raro el dinero? ¿No era esa la pregunta? Es raro el que no tienes, parece que estuviera siempre en mano ajena, parece que tuviera vida propia, como ocurre con las cosas que no ves. Dinero y paranoia.

Conducía Sánchez. Se había quedado callado, a veces Sánchez se dejaba consumir muy fácilmente por el voltaje de sus recuerdos, algo que resultaba poco moderno y poco eficaz. Yo se lo decía siempre. Nos habíamos detenido en un semáforo justo enfrente de un anuncio gigantesco del Carrefour, ahí en medio de la oscuridad parecía un anuncio de un casino de un motel de Las Vegas. Había una media docena de camiones aparcados detrás del anuncio, y dentro de los camiones había parejas follando como monos, los oíamos perfectamente desde el coche. Estábamos al lado del Monte del Pardo.

Otra vez.

—Nunca te he visto la camiseta de *Matrix*.

Sánchez se encogió de hombros.

—Me la puse un par de veces para ir al póquer.

—¿Y?

—Y nada.

—No te dio buena suerte.

—No.

—Pero has tenido tus rachas.

—Bueno. Puede ser. Lo que ocurre es que las malas rachas parece siempre que duran una eternidad.

No seas tan dramático, estuve a punto de decirle, no me cortes tanto el rollo, nadie va a tomarte más en serio solo porque hables en serio.

Qué noche tan exótica, esta de San Lorenzo; tan larga, tan frondosa, tan animal. Cómo había tardado tanto en darme cuenta de que esa no era una noche para hablar a Sánchez desde lo ruinoso ni desde lo civil ni desde lo laico tampoco, sino desde lo menos contaminado y lo más silvestre.

Así que le conté una historia de fantasmas.

Las siete menos veinte. La Racha había cambiado bastante desde que dejó de ser propiedad mía, ahora habían puesto seis o siete mesas en la terraza, una explanada de arena donde colgaban unas guirnaldas de farolillos entre los castaños chinos. Había colillas y servilletas y mondas de fruta tiradas por el suelo. Desde fuera se veía el interior del bar, o más bien nuestras dos sombras muy recortadas contra la pared del fondo del bar, un metacrilato de un naranja casi fluorescente, un naranja asiático. Me acordé de los buenos tiempos, los clientes pobretones, los clientes ricachones, los clientes que entraban tambaleándose a la hora del desayuno y salían cinco martinis después más tiesos que una vara. Me acordé de aquel que todas las mañanas colocaba sus pastillas de colores sobre la madera de la barra, en fila, las fichas de una partida de parchís que parecía que fuera a perder sin remedio pero que acabó ganando, y eso, eso sí que fue un milagro.

—¿Dónde estamos? —preguntó Sánchez.

—En Madrid —dije—. En Madrid. En mi bar.

—Ah. —Miró despacio a su alrededor y se dirigió a una de las mesas, retiró una silla y se sentó despacio.

—No está Filardi —dije—. Ni Cromwell.

Sánchez asintió:

—Quiero un café. Un café. Pero por qué está esto tan desordenado, parece que acabara de marcharse todo el mundo corriendo, un asalto a mano armada. ¿Dónde está la camarera, si puede saberse? ¿Por qué está tan oscuro? ¿Por qué no hay nadie?

—Porque son las seis y veinte de la mañana.

—¿Y dónde estoy?

—En Madrid. En Madrid. En mi bar.

—Bien.

—Tampoco está Bertrán.

Sánchez miró a mi espalda, levantó la mano. Se quedó señalando con el dedo que tapa la luna.

Yo me volví. No vi nada.

—Está ahí.

—¿Dónde? —pregunté.

—Ahí. Ahí mismo. En lo oscuro.

En lo oscuro solo se veía el contorno tupido de los árboles muy negros contra el cielo más negro todavía. Y un punto de luz suspendido en el aire, unos diez metros por encima del tejido apretado de las ramas.

—¿No lo ves? —me preguntó.

Me dirigí hacia la mesa de Sánchez. Quería agarrarlo del hombro y espabilarlo del todo.

—¿El helicóptero? —dije.

—No.

Sánchez abrió la mano en un saludo. Sonrió. Entonces oí un ruido a mi espalda, miré y descubrí la brasa de un cigarrillo acercarse entre la penumbra, apagarse y encenderse de nuevo. Bertrán avanzaba entre los árboles hacia nosotros, con las manos en los bolsillos de los vaqueros blancos. Fumando.

—Vaya sitio más raro para poner un bar —dijo.

—¿Y el perro? —pregunté.

—Lo he atado a un poste aquí atrás, en una cancha. Estaba muy nervioso.

—¿Y cómo sabías dónde encontrarlo? —preguntó Sánchez—. ¿Cómo es posible? ¿Cómo ha podido ocurrir algo así? ¿No es algo extraordinario?

—Estaba en la topera de al lado de casa —contestó Bertrán—. Como siempre. Le gusta cazar.

—No es bueno que los perros se pongan nerviosos antes de una carrera —dije.

—Le he dado media pastilla —me contestó.

—Media pastilla de qué.

—¿Y aquí venía mucha gente? —preguntó Bertrán—. Esto es el culo del mundo.

—Está a la vista de la carretera —señalé.

—Pues es la primera vez que lo veo. La Racha.

Se sentó al lado de Sánchez, con las piernas estiradas. Sobre la mesa había un cenicero de cristal de roca que parecía carísimo, un par de vasos de tubo y una bandeja de plástico muy cutre con restos de kikos y gominolas.

—Aquí venía quien tenía que venir —dije.

—Tus amigos.

—Qué amigos —dije—. Yo no tengo amigos, tengo colegas. Martín, Diego, Roxy. Los Mallorquines. No ves que esto está muy apartado, aquí lo arreglábamos todo, cerraba cuando quería y luego cogíamos la carretera y cada mochuelo a su olivo. Sánchez. Mira, las mesas antes eran de plástico, no de zinc, era todo más barato, pero ni la mitad de feo, la verdad. Tenía una tele siempre puesta aquí, en la terraza, encima de un mostrador, veíamos las carreras de La Zarzuela, venía gente de toda España, hasta catalanes venían. En esta misma mesa me enseñaron el trile de los cubiletes.

—¿Qué es un trile?

—¿Cómo que qué es un trile? —le pregunté—. ¿Pero tú de donde sales?

—Es un juego con unos cubiletes, un truco de adivinar —le dijo Sánchez.

—Ah. ¿Como los que hacen por Atocha?

—Los que hacen por todas partes.

—Yo no sé ningún trile —dijo mientras encendía otro cigarrillo.

—Ni falta que te hace —solté—. Joder.

—Enséñamelo.

—Te lo enseño yo —dijo Sánchez. Tenía esa voz de sueño que a veces resulta la voz más convincente.

—¿Tú?

—Sí. Yo. Qué pasa.

—OK, man.

—Date la vuelta.

Sánchez apartó a un lado toda la quincallería que había sobre la mesa y colocó el cubilete azul, el rojo y el amarillo y una moneda debajo de dos, como le había enseñado.

—Ya —le dijo.

Bertrán se dio la vuelta. Sánchez puso una moneda debajo del cubilete rojo y empezó a mover los cubiletes. Lo hacía muy lentamente, como si tuviera toda su atención puesta en la otra punta del universo, en realidad todo lo que ocurrió a partir de ese momento en que Bertrán se puso de frente pareció pasar mucho más despacio, como si se vieran los bordes de cada fotograma de la vida. Todo deletreado. Sánchez se paró. Miró a un lado. A otro lado.

—¿Qué pasa? —preguntó Bertrán.

—Nada.

Siguió moviendo los cubiletes:

—Adivina en qué cubilete está.

Bertrán tocó con el dedo el cubilete rojo. Sánchez levantó el azul. Donde había una moneda.

—¿Quieres probar otra vez?

Bertrán refunfuñó algo y giró la cabeza de nuevo. Sánchez volvió a colocar uno, dos, tres cubiletes, una moneda debajo de cada cubilete.

—Ahora —dijo.

Bertrán señaló el cubilete azul. Sánchez levantó el amarillo y le enseñó la moneda debajo.

—Otra —dijo Bertrán.

Esta vez Bertrán señaló el rojo y Sánchez levantó el azul y ahí estaba la moneda.

—¿Esto es un trile? —preguntó Bertrán. Miraba la mesa con el ceño fruncido y los brazos cruzados contra el pecho. Me eché a reír.

—Vaya mierda —dijo.

Sánchez estaba resplandeciente. No se podía creer lo que acababa de hacer.

—Os estáis quedando conmigo —dijo Bertrán.

Sánchez sonrió de oreja a oreja:

—Te he ganado. Eh.

Bertrán parecía acojonado o avergonzado. Pillado en falta. Los chicos parecen siempre tristes cuando se asustan, no hay más que verlos en las pelis de miedo, se quedan con cara de palo, con esa cara de paisaje, como si no pasara nada y no fueran a reaccionar hasta el día siguiente. Quizás sea así porque en las pelis de fantasmas los fantasmas son siempre de mujeres,

de niñas, de novias que vienen a por más. De chicas, en general.

—Ya está bien por hoy —dijo Bertrán levantándose de la silla.

Sánchez sonrió. Me miró como si hubiera descubierto por pura casualidad un acontecimiento que cambiaría las leyes de la física para siempre, o todavía mejor, como si le hubieran tocado trescientos mil pavos en los ciegos de la ONCE.

—Qué de puta madre —soltó de golpe.

—Sánchez —dije. No sé por qué. Su nombre de pronto me sonaba a canción del verano, de verano de los setenta con mucha espuma de color, una canción de Peret.

Los ciervos del monte de El Pardo. Cuando veo ciervos pienso en monarcas, en cenas para ochenta personas, en la Reconquista. Ciervos y urracas y ardillas europeas, eso había por todas partes en el chamizo de Mardones, allí escondido en el corazón más oscuro del encinar. Era lunes, cuatro días después del retiro espiritual que Mardones les había colocado a media docena de pardillos a cambio de mil pavos por cabeza. Era la quinta vez que lo montábamos, las raíces de ayahuasca nos costaban calderilla, veinte euros, las traía un amigo en avión, en mano, en bolsas de M&M's directas de Iquitos. Luego Mardones anunciaba el retiro en una página de Facebook donde ofrecía cuatro días de viaje astral en un entorno rural con todo incluido acompañados de una guía espiritual experimentada. Eso ponía. Los clientes se tiraban los cuatro días tan colocados y tan machacados que no se enteraban de nada, ni de dónde estaban ni mucho menos de lo que comían. Al final del retiro solo había que limpiar todo aquello, las vomitonas ácidas y los envases de jamón cocido y ya está. Eso lo hacía la guía espiritual. La guía espiritual era yo.

Me había apañado el mes entero, volvía a casa atravesando el encinar, siguiendo el cauce del arroyo que lleva hasta Pitis. Iba eufórica, hacía una tarde estupenda, se estaba poniendo el sol. Era verano. Estaban los ciervos. Caminaba pensando en qué podía gastarme los mil pavos de la forma más rápida posible cuando de pronto vi un árbol moverse. De un lado a otro. Como en los dramas de Shakespeare. Y eso que no había probado la ayahuasca. Me detuve en seco. Igual era la Guardia Civil, o un agente del Seprona. Quien fuera estaba de espaldas a mí. Era alto y flaco, estaba fumando. Se dio la vuelta. Era Bertrán. Qué haces tú aquí, le pregunté, qué haces aquí tú, me contestó. Acababa de salir de una performance de una artista, me dijo, una serbia bastante rallada que había estado comiendo carne cruda de ciervo durante veinticuatro horas arrancándola con sus propias manos. Veinticuatro horas. Me pareció de puta madre. Le dije que le pasara mi tarjeta a la serbia por si quería apuntarse a lo de la ayahuasca, tenía toda la pinta de que fuera a gustarle, quería ser su guía espiritual, yo, servidora. Luego le dije que quería ver el ciervo.

El sitio donde habían hecho lo del ciervo era una antigua casita de guardeses del Generalísimo a la orilla de una charca donde encontramos una piara de jabalíes al llegar. Del ciervo no había ni rastro, de la performance solo quedaban algunas mesas bajo los árboles, unas sillas, poco más. Estaba todo bastante desordenado, pero en cualquier caso mucho más limpio que el chamizo del pobre de Mardones. Le pregunté cómo habían llegado hasta ahí, a esa charca en medio de ninguna parte. En helicóptero, me dijo. Ah. Luego se sentó en una de las mesas, sacó un paquete de tabaco y empezó a fumar con las piernas estiradas frente a sí y los tobillos cruzados. Me pareció el momento perfecto.

—Hazme una demo —dije.

—Una demo de qué.

Una demostración de tus superpoderes, pensé, niñato. Una demo que me explique cómo es que ganas siempre a las tragaperras y al póquer y a la ruleta y al blackjack y al mus. Una demo que me explique por qué tú estás forrado y yo no.

—Tú tienes un don.

—Me la suda.

Se echó a reír.

—Quiero ver cómo lo haces. Qué haces.

—Yo no tengo nada que enseñar.

—No es eso lo que dicen.

—¿El qué dicen? ¿Que tengo mucha suerte?

—No, suerte no —contesté, me eche a reír yo también, no tenía ganas de entrar en detalles.

—¿Entonces?

—En realidad a mí no tienes que demostrarme nada.

Ojalá hubiéramos estado los dos un poco borrachos, pero no lo estábamos.

—A mí me da igual.

—A mí no —dijo él—. A mí no me da igual.

Bajó la vista y se quedó mirando la mesa. Había un cenicero, una servilleta, un vaso alto.

—Bueno. Tú lo has querido.

Se había puesto serio de repente. Tiró el cigarrillo.

—Acércate.

Me senté frente a Bertrán. Lo miré. La charca quedaba justo a su espalda, ya no estaban los jabalíes, ni las urracas. Solo los árboles, los árboles, tan poco naturales.

—Mira la mesa, Nikki —me dijo.

—Vista.

—Las cosas, las cosas sobre la mesa. Qué ves.

—Un cenicero, una moneda de diez céntimos, un vaso y una servilleta usada.

—No me lo digas. Solo fijate en algo y concéntrate.

—¿Para qué?

—Para que se mueva.

¿Había oído bien?

—Para que se mueva sola —repitió. Estaba muy serio—. ¿Lo has pensado ya?

—¿Estás borracho, Bertrán? —le pregunté.

—Estoy perfectamente sobrio. ¿Lo has pensado ya?

—Claro —dije.

—Y estás concentrada.

—Sí.

Pasó medio minuto. Tampoco se oían ya los pájaros. Ningún pájaro, ni el viento.

—Mira la mesa.

—Como en las películas.

—No, no —me respondió—. Nada de películas. No estás prestando atención, Nikki. Cierra los ojos.

Cerré los ojos. No tenía ni idea de dónde estaba en ese momento. Al borde del mundo, pero de cuál.

—¿Estás concentrada? —preguntó.

Abrí los ojos. Bertrán respiraba profundamente. Yo miré la mesa, los regalices muy rojos y brillantes sobre el zinc más brillante todavía, las colillas de Camel en el cenicero, las cuatro tonterías que se habían quedado ahí fuera porque son el tipo de cosas que a nadie se le ocurre

llevarse. Las sobras de la puta vida.

—Sí —contesté.

Bertrán se frotó el brazo con la mano. De pronto había bajado la temperatura, estaba a punto de ponerse el sol, las sombras tenían ese espesor. Miré a Bertrán. Miré las cosas sobre la mesa.

—Nikki —dijo.

—Qué.

—Nada.

Llegó una mosca. Era muy grande, pesada, una mosca de verano, con las alas azules y sucias y tornasoladas como el zinc de la mesa. Se paseó sobre el azúcar. Luego fue al borde del vaso.

La servilleta.

La moneda.

La mosca y la moneda.

La alarma de un coche se activó en alguna parte, a lo lejos. Sonaba detrás de La Racha, diez minutos antes no había nada ahí, ningún coche. Solo ciervos. Sonó unos cuantos segundos más hasta que se apagó y entonces oímos unos pasos sobre la hierba seca, unos pasos lentos, y apareció Filardi. Vestía de negro, de fiesta cara, pero con unas Adidas muy usadas. Muy pálida, como si se hubiera tomado un litro de vinagre después del litro de vino que llevaba encima. Probablemente había bebido para darse valor, iba a ver a más gente en las próximas horas que en todo un año, estaba en pleno proceso de acometer uno de esos muchos actos suicidas e inútiles y sin sentido tan queridos a los verdaderamente tímidos.

—Bien, por fin —dije.

—Buenas noches —dijo, más bien preguntó, como si no estuviera segura de la hora o tuviera que pedir permiso para hablar. Bertrán se levantó de la mesa y fue desplegándose todo lo largo que era como las páginas centrales de una revista porno. Le sacaba una cabeza a Filardi pero conjuntaban perfectamente, parecían un anuncio de moda italiana, con pelo grande, dientes perfectos.

—Buona notte —dijo Bertrán. Ella no dijo nada. Quizás lo que intimidaba de Filardi eran esos silencios, esas pausas teatrales, que no eran más que el resultado de su timidez enfermiza. Era rara y eso ya jugaba a su favor, hacía de ella una máquina impredecible. Al cabo de un momento se echó a reír. Miró a Bertrán de arriba abajo y se colocó el pelo detrás de la oreja, estaba intentando ligar con él, un chaval que podría ser dos veces su hijo. Muy italiano todo.

—Me llamo Taziana.

—Bertrán.

—Daniel.

—Encantada.

Filardi cruzó los brazos contra el esternón, con las manos sobre los hombros. Me la imaginé hablando sola debajo de un paraguas, escuchando su propio eco.

—¿Y el perro? —preguntó por fin.

—Está descansando para la carrera —le contestó Bertrán—. Es un campeón, ya lo creo.

—Una fiera —dije.

—Quiero ver al animal.

Bertrán señaló hacia la verja de la cancha, a unos cuarenta metros, detrás de unas macetas enormes de plástico donde no había nada plantado. Filardi caminaba a su lado con las dos manos metidas en unos bolsillos que no tenía, muy derecha. De pie junto a las macetas estaba Sánchez, mirando hacia los árboles sin más. Llevaba un buen rato ahí. Sin hablar con nadie, asimilando su victoria como si aún no pudiera dar crédito.

—Qué hacéis —me preguntó.

No podía verle la cara, tenía las luces de la cancha a su espalda, pero me di cuenta de que se había quitado las zapatillas, que estaban ahí a su lado, puestas la una junta a la otra como los zapatos del hombre invisible.

—Vamos a acabar de una vez por todas con esta noche de mierda —dije.

La cancha llevaba horas desierta, claro, pero aun estando a la intemperie olía a hormonas y a sudor quinceañero, a cerveza, a meados. Cromwell estaba atado en la esquina más alejada, la que daba a la carretera, tumbado en el suelo. Atravesamos la cancha. No reaccionó. Estaba dormido, hecho un roscó junto a un montón de cáscaras de pipas, con la cabeza entre las patas. Lo llamé.

—Cromwell.

—Qué perro tan bonito —dijo Filardi.

Cromwell no movió ni un músculo.

—¡Cromwell! —dijo Bertrán.

—¿Se ha dormido? —preguntó la italiana.

Estábamos los tres alrededor del perro, la luz le caía a plomo, había ido a echarse donde mejor podíamos verlo, no en lo oscuro, donde no podríamos verle ni entender nada.

—Está dormido, sí —dije.

Sánchez le tocó la cabeza y el morro. No se despertó.

Le frotó el lomo.

No pasó nada.

—Está frío —dijo retirando la mano de golpe.

—¿Cómo que frío?

Miré a Bertrán:

—¿Qué le has dado?

—¿Qué quiere decir que está frío? —preguntó Filardi.

Me agaché, le toqué el morro. Le froté el costado para despertarlo, y era verdad. Estaba frío.

—Joder —murmuró Bertrán.

—¿Qué pasa? —Filardi se agarró los brazos.

—Solo le di media pastilla —me dijo Bertrán por lo bajo—. Despierta, Cromwell.

Sánchez colocó un pie descalzo sobre el lomo de Cromwell y lo dejó ahí, un pie un poco salvaje y asilvestrado que apenas contrastaba contra el pelo animal.

—Despierta.

Pero no se despertaba.

—¿Está muerto? —dijo alguien.

Yo miré a Bertrán, a Sánchez, a Filardi. No sé qué esperábamos.

Filardi se arrodilló. Colocó la mano sobre la cabeza de Cromwell, llevaba un anillo en cada dedo y una roca enorme en cada anillo. Se levantó y dijo muy deprisa algo en italiano.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunté. Bertrán negó con la cabeza, no sé si quería decir que no tenía nada que ver con el asunto o no se creía lo que estaba pasando.

—Está muerto.

Eso lo dijo Sánchez.

—Muerto —repitió Filardi.

Bertrán se puso las gafas de sol, una estrategia un poco tonta para quitarse de en medio.

—De esta nos sacas tú —le dijo Sánchez.

—Yo no he hecho nada.

—Está muerto —dije.

Filardi tenía una expresión extraña:

—Este perro está muerto —dijo.

—Tráelo de vuelta, Bertrán. —Sánchez retiró el pie y miró a Bertrán. Era una orden.

—Este perro está muerto —repitió Filardi.

—Cállate —dije.

—¿Qué se supone que tengo que hacer? —Bertrán parecía aburrido, enfadado. Miró a uno y otro lado, como considerando algo.

Sánchez se agachó junto a Cromwell. Llevaba la camiseta puesta del revés, se le veía la etiqueta, no sé cómo no me había dado cuenta hasta ese momento.

—Cromwell —dijo.

También tenía un corte con costra, ya casi cerrado, en una rodilla.

—No está muerto —le dije a Filardi. No sé por qué. Se había alejado unos metros, nos miraba desde lejos. Probablemente no me oyó.

Sánchez acercó su cara a la de Cromwell, parecía que iba a decirle algo, pero solo lo estaba mirando muy de cerca. Empezó a acariciarlo entre las orejas, despacio. Hacia atrás. Hacia atrás. Hacia atrás. Se detuvo.

Sánchez le sopló en el morro.

Cromwell apretó los párpados.

Pasó una urraca ladrona.

Sánchez volvió a soplar.

—Joder —dije.

Cromwell abrió los ojos de golpe. Estaban bien abiertos. Gruñó, se desperezó. Se levantó de un salto y sacudió la cabeza muy deprisa. Ladró.

Nos miró a todos.

Dio unos pasos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la italiana.

Estaba vivo.

Cromwell se alejó hacia la verja, ladró a los coches que pasaban. Luego se dio la vuelta y nos miró de nuevo, como si nos reconociera.

—Esto ha sido magia violenta contra miedo melancólico —me oí decir. No tengo ni idea de por qué dije algo así, pero lo hice.

Cromwell empezó a caminar por la cancha, ligero, no pesaba nada, iba de uno a otro, se acercó a Sánchez, le lamió la rodilla.

Yo lo miré, a Sánchez, estaba en medio de la cancha, de pie, solo.

Sánchez, pensé.

En ese momento pasó una estrella fugaz de este a oeste, exactamente por detrás de su cabeza, una estrella fugaz perfecta y fulgurante, un aviso del cosmos que rajó en dos el cielo, una estrella fugaz para recordarnos el marasmo de allí fuera y lo invisible y la verdadera naturaleza de las cosas.